El hijo de la tempestad

EL HIJO DE LA TEMPESTAD,

LARGA-ESPADA EL NORMANDO.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

ESCRITO EN FRANCES

POR MR. BOUCHARDY,

TRADUCIDO Y ARREGLADO

POR

Don Ventura de la Vega.

DON FRANCISCO LUIS DE REYES

y Don Eugenio Juan Gonzalez.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1841.

PERSONAS.	ACTORES.
LARGA-ESPADA.	*D. Julian Romea.*
MANUEL COMENO. . .	*D. Pedro Sobrado.*
ANDRÓNICO COMENO. . .	*D. José García Luna.*
NICETAS.	*D. José Perez Pló.*
FOCLES.	*D. Lorenzo Uzelay.*
BARDAS.	*D. Juan Fernandez.*
NICÉFORO.	
ARBATES.	
LÁSCARIS.	*D. José Ramirez.*
AGENOR.	
MIGUEL.	*D. Lázaro Perez.*
LA CONDESA DE MONTFORT.	*Doña Matilde Diez.*
INES DE MONTFORT. . .	*Doña Josefa Rizo.*

Senadores, Patricios, Guardias, Pages, Heraldos &c.

La escena es en Constantinopla en 1180.



Acto primero.

eatro representa un salon: hay á la izquierda una escalera que conce á las habitaciones.=Puerta en el fondo.=Puerta secreta á la uierda.=A la derecha una galería, cuya entrada está cubierta n tapices.=Mesa, lámpara encendida, sillas &c.

ESCENA PRIMERA.

BARDAS. *Luego* ANDRÓNICO.

Bardas. (*A la ventana.*) No hacen mas que pasar y repasar... qué querrán?...—Por mi vida que ya estoy cansado de ser espía... es un oficio condenado! (*Se sienta.*) Me ofrece el príncipe Andrónico á mí Bardas el pirata que me alcanzará indulto si quemo cierta galera y robo un pergamino que en ella llevaban con direccion á Roma. Yo me convengo, y quemo la galera y le traigo el pergamino... Y hé aqui que al entregárselo me manda instalarme en este palacio desierto. A pocas horas un viejo y dos mugeres vienen á habitarlo... y aqui se estan sin sospechar que tienen á su lado un hombre que los acecha. Maldito si yo entiendo...

Andrónico. (*Saliendo por la puerta secreta.*) Bardas!

Bardas. Ah! sois vos, señor?

Andrónico. Qué hay de nuevo?

Bardas. Nada, señor: las mugeres estan durmiendo y el viejo rezando.

Andrónico. Bien tiene por qué rezar!—Y qué hicieron ellas ayer?

Bardas. Fueron á las iglesias, y nada mas.

Andrónico. Y hoy saldrán?

Bardas. Como dia de pascua, irán á recibir la comunion doña Lucrecia á san Juan Bautista, y su sobrina al monasterio de Nuestra-Señora.

Andrónico. Y el ministro Nicetas no ha vuelto?

Bardas. No señor.

Andrónico. El volverá. A un tiempo hemos averiguado la llegada á Constantinopla de la condesa de Monfort, disfrazada con el nombre de doña Lucrecia... y los dos hemos de venir, él á ver si la detiene, y yo á ver si la echo. Esta casa es el campo de batalla en que hemos de medir nuestras fuerzas.

Bardas. Una hora hace, señor, que estoy viendo pasar y repasar dos hombres que miran á estas ventanas... la obscuridad me ha impedido verles la cara...

Andrónico. Toma esa luz y asómala á la ventana. (*Bardas lo hace.*) Bien.—Ahora ponte á esa puerta y escucha. (*Bardas lo hace.*) Oyes algo?

Bardas. Oigo pasos.

Andrónico. Esos dos hombres son de los mios: abre, y que entren. (*Abre Bardas.*)

ESCENA II.

DICHOS.—AGENOR. *Luego* FOCLES.

Agenor. Señor, el soldado latino que me indicásteis, y que seguia misteriosamente á la condesa de Monfort, despues de haber pasado la noche recorriendo las calles de Constantinopla, se sentó, rendido de cansancio, en un banco, en la plaza del Caballo de Bronce, y allí se ha dormido.

Andrónico. Es preciso que no dejes un instante de acecharlo, Agenor, y que, á cualquier costa, lo detengas en la ciudad, si tratase de marcharse.

Agenor. Está bien, señor.

Andrónico. (*Aparte.*) Pronto quizá necesitaré hacerle que encuentre á la que busca.

Focles. (*Sale apresurado.*) Señor!

Andrónico. Qué nuevas traes?
Focles. Malas!
Andrónico. Esplícate!
Focles. Logré esta noche sobornar á un soldado de la guardia de palacio, y vistiéndome su trage me puse de centinela á la puerta de la cámara del emperador. Estaba hablando con su ministro Nicetas, y prestando el oido pude enterarme de su conversacion.
Andrónico. Qué decian?
Focles. El ministro le hablaba en estos términos: sí, señor, esa muger que ha llegado á Constantinopla con el nombre de doña Lucrecia, es la condesa de Monfort, la esposa que repudiásteis.—Entonces esclamó el augusto enfermo: «Yo quiero verla!...» «Dios es quien la envia!.... añadió el ministro, para que si vos faltais, cuide del príncipe Alejo, y lo libre de las asechanzas del cruel Andrónico!»
Andrónico. Hola! eso decia!
Focles. Asi siguieron hablando... Ah! y el ministro dijo que era preciso desposar mañana mismo al príncipe Alejo con la joven Ines, sobrina de la condesa... para que de este modo perdiéseis toda esperanza de llegar al trono.
Andrónico. Y el emperador?...
Focles. El emperador parecia consentir en ello... Pero de repente me dan una palmada en el hombro, vuelvo la cara, y era el soldado que venia á pedirme su trage, porque ya lo iban á relevar. Le cedí el puesto... y me he estado ahí esperando la seña para entrar á contároslo todo.
Andrónico. Ah! Nicetas!... infeliz de tí! No te ha de valer la doble investidura de sacerdote y de ministro!—Cuando al cabo de tantos años de destierro y de paciencia, la próxima muerte del emperador no deja mas obstáculo á mi ambicion que la débil existencia del príncipe Alejo, vienes tú á cerrarme de nuevo el paso?—De nada me habrá servido hacer que arrojaran al Bósforo, veinte años há, al primogénito que dió á luz esa condesa de Monfort, esposa entonces del emperador Manuel Comeno?—Ah! Nicetas! tú cuentas con el apoyo del senado?... pues yo cuento conmigo mismo. Pides ayuda al pontífice?... pero yo tengo en mi poder el pergamino que le enviabas... y el pontífice no recibirá tu aviso, y tu emperador se mo-

rirá.—En cuanto á tí, condesa de Monfort, ya he descubierto al misterioso guerrero que te ha seguido en tu viage... ya sé tus ocultos amores... ay! de tu honra!—Y en cuanto á tí, príncipe Alejo, miserable criatura que quieren coronar... ay! de tu vida!

Bardas. Señor, he visto venir por la galeria á Miguel, el criado de doña Lucrecia, y se dirige hácia aqui.

Andrónico. A Miguel?—Marchaos.

Focles. Y vos, señor?

Andrónico. Eh! dejadme.—(*Vanse los tres.*) Miguel!... si yo lograra ponerlo de mi parte!... Bien pude, hace veinte años!... Probemos. (*Pónese una máscara, y retírase al fondo.*)

ESCENA III.

ANDRÓNICO. MIGUEL.

Miguel. (*Bajando lentamente.*) No puedo olvidar las palabras de Nicetas: «no descubriré á tu ama, sino en caso que convenga á la salud del imperio.»—Qué puede ella hacer ya por el bien del imperio? nada absolutamente. Dios quiera que no tenga que arrepentirse de haber querido volver á visitar á Constantinopla!

Andrónico. (*Deteniéndole.*) Dos palabras.

Miguel. Quién sois?

Andrónico. Un hombre que viene de parte de Andrónico Comeno á ofrecerte riqueza y fortuna si quieres servirlo.

Miguel. (*Horrorizado.*) Andrónico! (*Conteniéndose.*) No le conozco... yo sirvo á doña Lucrecia...

Andrónico. (*Interrumpiéndole.*) Basta de ficcion!—Aqui no hay tal doña Lucrecia, sino la condesa de Montfort, primera esposa del emperador, repudiada por él: la condesa de Montfort, madre del príncipe que nació veinte años há, y que fue ahogado en el Bósforo por unos asesinos, á los cuales se lo entregó por dinero... Miguel, criado de la emperatriz...

Miguel. (*Abatido.*) Ah! por piedad!...

Andrónico. Tú, Miguel, que no quieres hoy venderte, y vendiste entonces al heredero del trono de los Césares!—Ya te he contado tu historia: ahora te contaré la mia. Yo soy uno de los asesinos que recibieron al niño: he si-

do fiel á Andrónico, y él me ha recompensado con liberalidad.—Ven acá, y háblame sin rodeos...

Miguel. Y Dios no te ha confundido!

Andrónico. Te ha confundido acaso á tí?

Miguel. Sí! sobre mí ha descargado su justa cólera, porque yo era el mas criminal! Dios ha puesto ante mis ojos la fantasma del remordimiento... la imagen del niño asesinado se me aparecia á cada paso... pero viva y palpable!... Ah! pasaron luego muchos años sin que me atormentase la horrible vision, y ya me creí perdonado!... cuando un dia volvió Dios á enviarme la fantasma que habia crecido en el sepulcro, y mostrándomela bajo la forma de un hombre, parecia decirme: "míralo, asesino!... mira como seria ahora el niño que ahogaste!"—Yo me consumo y me muero, sin atreverme á confesar á un sacerdote el mal que me devora! Y tú vienes ahora, en nombre de Andrónico, del infame que me perdió á perderme de nuevo!... Ah! Dios sin duda os guarda un horrendo castigo en la otra vida, cuando no os ha castigado en esta!

Andrónico. Bien.—Ahora, escúchame tú.

Miguel. Ni una palabra! Vete!

Andrónico. Oyeme primero.

Miguel. Pierdes el tiempo. Déjame!

Andrónico. Una palabra...

Miguel. Déjame, asesino!

Andrónico. Tú lo eres como yo.

Miguel. Sí!... pero mio es el castigo, y tuya la maldicion —Vete... ó yo huiré de tí!

Andrónico. Oyeme!...

Miguel. (*Huyendo aterrado.*) Vete!... déjame!... vete! (*Se va.*)

ESCENA IV.

ANDRÓNICO.—*Luego* BARDAS. FOCLES. AGENOR.

Andrónico. El diablo cargue contigo y con tus necios remordimientos!—No importa: apelemos á otros medios. (*Saca la luz á la ventana.*) Teniendo á mi disposicion á estos tres, yo no sé para qué me empeño en conquistar á ese viejo. (*Abre la puerta.—Salen los tres.*) Agenor.

dónde me has dicho que se habia quedado dormido el soldado latino?

Agenor. Junto al caballo de bronce.

Andrónico. Bien.—Escucha: la sobrina de la condesa de Montfort irá luego al monasterio de Nuestra-Señora: tú la arrancarás el velo, y luego publicarás por plazas y calles que lo has recibido de ella en prenda de amor. Mañana yo te daré oro en lugar del velo. Me has entendido?

Agenor. Perfectamente, señor. (*Vase.*)

Andrónico. (*Aparte.*) Yo voy ahora por el soldado latino, por el amante de la condesa; aqui lo traeré, y aqui haré que los sorprendan á los dos: asi ambas quedarán deshonradas, y no podrán entrar en el palacio de los Césares.—Seguidme vosotros. (*Vanse los tres por la puerta secreta.*)

ESCENA V.

LA CONDESA. INES.

(*Bajan por la escalera.*)

Condesa. Ven, hija mia, sentémonos aqui.—Estás pálida; qué tienes? Las muchas horas que has pasado en el monasterio!... Para tí es un deber lo que para mí es un consuelo!—Hoy recibirás la comunion, y mañana purificada ya y tranquila, recobrarás la alegria de los quince años.

Ines. Ah! nunca, mientras estemos en esta ciudad!

Condesa. No te alegra el hermoso cielo de Constantinopla?

Ines. Hermoso cielo!... y estos tres dias que llevamos os veo continuamente llorar!

Condesa. Es porque yo tengo aqui recuerdos dolorosos! Pero tú... estar triste en una ciudad que ves por la primera vez... Esplícame ese misterio: dime, qué tienes?

Ines. Yo!... nada!

Condesa. Nada?... mira que el mentir es un pecado!

Ines. Es mi tristeza tan estraña y tan profunda, que os la quiero descubrir: sí!... no quiero tener secretos para vos... Desde que perdí á mi madre, vos lo habeis sido para mí... y mas, si cabe!

Condesa. Ah! y yo te amo como si fueras mi hija!... Habla, hija mia, cuéntame tus secretos.

Ines. Os acordais, madre mia, cuando hace un año un jóven normando, vestido de guerrero, se arrojó valerosamente á detener mi caballo que se habia desbocado?

Condesa. Sí, me acuerdo de aquel susto mortal.

Ines. Pues bien: sabed que desde aquel dia no he salido una vez que no haya visto á ese mismo jóven venir siguiéndome de lejos. Donde quiera que iba me lo encontraba. Marchamos á la Palestina, y allí lo hallé entre los peregrinos. Ah! madre mia, si vos lo conociérais, como yo, no podríais vivir sin verlo. Tiene en su porte un no sé qué...

Condesa. De noble y de magestuoso... no es verdad?

Ines. Sí, sí!

Condesa. Tiene un mirar tan espresivo... tan penetrante!... no es así?

Ines. Con que lo habeis visto?

Condesa. Sí: cuando tenia tu edad.—Y dime, desde que estamos en Constantinopla...

Ines. En vano me he asomado á los balcones... en vano he pasado horas enteras fijando los ojos en cuanto veia... Ah! no sé por qué me inspira tanto tedio esta ciudad que todos admiran!

Condesa. (*Suspirando.*) Ah!

Ines. Por qué suspirais asi, madre mia?

Condesa. Porque me haces conocer que al alejarse la inocencia se lleva consigo la felicidad.—Quién viene? (*Cubriéndose con el velo.*)

Ines. Es Miguel.

ESCENA VI.

DICHAS.—MIGUEL.

Condesa. (*Separando el velo.*) Ah! eres tú, Miguel!

Miguel. De nada os sirve ya, señora, que os oculteis con ese velo.

Condesa. Qué quieres decir?

Miguel. Que vuestra llegada á Constantinopla no es ya un secreto. El ministro Nicetas lo ha descubierto sin duda, porque el cruel Andrónico lo sabe.

Condesa. Gran Dios!

Miguel. Ahora Nicetas se empeñará en que volvais de nuevo al poder: Andrónico maquinará para derribaros... de suerte que vuestra venida á Constantinopla promoverá una guerra, de la cual vos sereis ocasion... y acaso víctima!

Condesa. Antes que amanezca saldremos de Constantinopla!

Miguel. Eso es lo mejor: cumplid esta noche vuestros deberes religiosos, y Dios nos guiará.

Ines. (*Con gozo.*) Con que marcharemos?

Condesa. Esta noche, hija mia.—Vé á ponerte el velo, y Miguel te acompañará al monasterio.

Ines. (*Abrazando á la condesa.*) Sí!... yo rogaré á la Virgen por vos. (*Vase muy contenta por la escalera.*)

Condesa. (*Viendola marchar.*) Pobre niña!—Miguel, yo voy á la iglesia de san Juan. (*Echase el velo.*) Te confio á mi Ines: cuida de ella.

Miguel. Dudais, señora, que lo haré con celo?

Condesa. No, no. (*Deteniéndose.*) Y he de marchar sin haberle visto siquiera!...

Miguel. A quién, señora?

Condesa. Al emperador!... enfermo, y enfermo de muerte!

Miguel. Señora!... Dios nos señala la tempestad... evitémosla!

Condesa. Sí: partiremos esta noche, es preciso!—No dejes sola á Ines.

Miguel. Voy á buscarla. (*Vase la condesa.*)

ESCENA VII.

MIGUEL.

Y le cuesta trabajo alejarse de Constantinopla!... Creo que de buena gana arrostraria los peligros que la amenazan... Ah! dichoso el que no teme mas que á los hombres! (*Sube lentamente la escalera.*)

ESCENA VIII.

ANDRÓNICO. FOCLES. BARDAS.—*Luego* LARGA-ESPADA.

(*Salen por la puerta secreta.*)

Andrónico. La condesa ha marchado?

Bardas. Sí, señor.

Andrónico. (*Acercándose á la puerta secreta.*) Entra.

Larga-espada. Qué casa es esta?

Andrónico. Ya lo sabrás.

Larga-espada. Pero qué quieres de mí?

Andrónico. Ante todas cosas, saber tu nombre.

Larga-espada. Nunca lo he ocultado: mis compañeros de armas me llaman *Larga-espada.*

Andrónico. Cuál es tu patria?

Larga-espada. Donde quiera que me conduce mi estrella.

Andrónico. Cuál es tu Dios?

Larga-espada. La casualidad.

Andrónico. Y tu religion?

Larga-espada. Ninguna.

Andrónico. Pues cómo, durante el viage que has hecho aqui, has entrado en todos los templos donde entraba una muger que seguias: y estás ahora en Constantinopla porque ella está en Constantinopla?

Larga-espada. Quién te ha informado tan bien?

Andrónico. El Dios que tú adoras... la casualidad. — Pero en esta ciudad has perdido de vista á esa muger; porque hace tres dias que recorres inquieto los paseos y las iglesias, miras á todas las ventanas... en fin, buscas un indicio, una huella del objeto amado... porque tú la amas, no es cierto?... tú amas á esa muger?

Larga-espada. Como vosotros los cristianos amais á vuestro Dios!

Andrónico. Y si no vuelves á hallarla?

Larga-espada. Moriré!

Andrónico. La hallarás.

Larga-espada. (*Con gozo.*) Cómo!

Andrónico. Esta casa es la que ella habita: acaba de salir; pero pronto vendrá, y te hallarás solo al lado de tu amor.

Larga-espada. Qué dices?

Andrónico. Silencio! (*Acercándose á Focles.*) Corre... reune á los patricios y senadores de palacio, y diles que al pie de la columna de Justiniano los espera un hombre enmascarado para revelarles un secreto de alta importancia.—Tú, Bardas, reparte ese dinero entre los soldados que consientan en seguirte. Andad. (*Ambos se van.*) Adios.

Larga-espada. Me dejas solo?

Andrónico. Tienes miedo?

Larga-espada. Miedo yo!—Pero escucha...

Andrónico. No puedo decirte mas.

Larga-espada. A lo menos tu nombre!...

Andrónico. Lo sabrás dentro de una hora.

Larga-espada. Dónde?

Andrónico. Aqui : yo volveré.

Larga-espada. Me lo juras?

Andrónico. Te lo juro. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LARGA-ESPADA.

Qué hombre es este?... (*Llevando la mano á la espada.*) A qué me ha traido aqui?... si será algun lazo!—Necio de mí! á quién he de importarle en el mundo mi vida ó mi muerte! — Me ha dicho que esta es la casa que ella habita... Ah! con que voy á verla! El corazon late y me ahoga!—Muger adorada!... lejos de tí está la muerte... y cerca de tí una felicidad que hace padecer!

ESCENA X.

DICHO.—INES. MIGUEL.

(*Aparecen en la escalera. Ines viene cubierta con un velo blanco sembrado de estrellas de plata.*)

Ines. No, Miguel, no te olvidaré en mis oraciones.

Larga-espada. Esta es su voz!

Ines. Y Dios te ayudará y sanará esa pena que sientes.

Larga-espada. Aqui viene. (*Ocúltase detras de una columna y la contempla.*)

Miguel. Sí, rogad por mí. Dios escucha los ruegos de la inocencia y la virtud.

Larga-espada. Qué hermosa es! (*Ines y Miguel se van.*) Ya se ha marchado... Si volveré á perderla de vista... Ah! ya te he encontrado, Ines, y volveré á seguirte y á contemplarte de lejos!... Pero ese hombre que me mandó esperarle... Dentro de una hora me dijo... ah! dentro de una hora volveré. (*Yendo á salir.*) Qué veo!... la condesa de Montfort!... Por dóndé saldré? — Ah! por la puerta secreta. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LA CONDESA. UN GUERRERO, *con la visera calada.*

Guerrero. En vano pretendeis, señora, que os deje... ni he hecho caso de vuestras amenazas, ni daré oidos á vuestras súplicas.

Condesa. Pero qué quiere de mí el emperador?

Guerrero. Justificarse á vuestros ojos, señora, y partir de nuevo el trono con vos.

Condesa. El trono!... Ha olvidado sin duda el emperador lo que me ha costado el haberme querido sentar una vez en el trono del imperio? Ha olvidado que esta pobre condesa de Normandía fue tres años dichosa á su lado... pero tan luego como heredó el trono, se vió perseguida é infeliz?... la encerraron con su hijo en otro palacio, mientras reinaba en el del emperador el escándalo y la orgia! Ha olvidado que perdió su hijo... que se lo robaron!... sí, le robaron su hijo, su consuelo... y luego fue repudiada, y tuvo que huir sola y con el alma despedazada, de este imperio que habia ceñido á su frente la diadema imperial y que la habia llamado la emperatriz Elena!

Guerrero. No culpeis al emperador, señora! culpad á la envidia, á la ambicion, al odio, á todas las pasiones, en fin, que asediaban á un emperador joven y sin esperiencia: culpad á los cortesanos pérfidos, á los ministros ambiciosos que le sumian en la embriaguez de los deleites, ocultándole, bajo la pompa de su palacio, la miseria de

su pueblo. — Llegó al fin un dia en que los placeres le cansaron... el emperador quiso ver por sí mismo su imperio... y qué vió, gran Dios!—De una parte los de occidente dispuestos á invadir su territorio... de otra los bárbaros saqueando sus fronteras... su tesoro exhausto, su ejército disperso, su hijo robado... y en fin, repudiada su esposa; porque se vió obligado á pedirle la hija á Conrado III, su enemigo, para asociarla á su imperio. Con la dote de su nueva esposa pudo rehacer su ejército y arrojar á los bárbaros hasta el fondo de sus desiertos. Insensible al amor y á la piedad, reinó por el terror y la conquista, castigó á los traidores, afirmó la religion y ganó cien batallas. Murió la hija de Conrado III y el emperador no la lloró, porque no la amaba. Un hijo le dejó que debe heredar el trono, el príncipe Alejo, á quien tampoco ama con todo el cariño paternal, y le tiene siempre lejos de su presencia. Pero hoy que, reparado ya su imperio, y descansando de tantas fatigas, ha sabido que estais aqui, cuando padece de una herida que puede llevarle al sepulcro, me ha mandado que os busque y os diga: «Venid, condesa Elena, venid, si Dios me da vida á partir conmigo un trono estable y seguro.»

Condesa. El emperador os ha mandado que me digais eso?

Guerrero. Estas son sus mismas palabras.

Condesa. (*Con ternura.*) Ah! volverle á ver!

Guerrero. Recordais, no es cierto, que le habeis amado? (*Oyese ruido fuera.*)

Condesa. Qué voces son esas? (*Yendo á la ventana.* Una multitud de senadores y de soldados vienen hácia aqui... ya entran en el vestíbulo!...

Guerrero. (*Aparte.*) A qué vendrán?

Condesa. Ya suben!

Guerrero. No quiero que me hallen aqui... me marcho: pero qué diré al emperador?

Condesa. Os marchais?... y me quedo sola!... yo tiemblo.... no sé cuál será el designio de esos hombres!

Guerrero. Ah! me quedo, señora!... yo os defenderé.—Pero cómo evitaria que me viesen?... Ah! detras de estos tapices... (*Ocultándose.*) Condesa, aqui estoy para ampararos, si fuese necesario. Cu.º D Galeria

ESCENA XII.

DICHOS.—ANDRÓNICO. FOCLES. SENADORES *por el foro.— Luego* BARDAS *y soldados por la puerta secreta.*

Andrónico. Seguidme, señores. (*Corre á abrir la puerta secreta.*) Entrad.

Bardas. (*Aparte á Andrónico.*) Se ha ocultado detras de los tapices.

Condesa. Qué buscan estos hombres?

Andrónico. Os he ofrecido, señores, presentaros á doña Lucrecia y descubriros un secreto: voy á cumplir mi palabra.—Esta muger que veis aqui, oculta su verdadero nombre bajo el de doña Lucrecia; esta muger se llama Elena de Monfort, esposa repudiada del emperador Manuel Comeno: el ministro Nicetas ha alucinado al emperador y va á llevarla mañana á palacio; pero no le ha dicho á su augusto amo que la condesa Elena trae consigo un amante, un guerrero de veinte años que tiene ahora mismo escondido en esta casa.

Condesa. Es falso, señores!

Andrónico. Y ese guerrero, cuya fortuna quiere aumentar, no es mas que un miserable soldado normando, sin fe, sin religion, sin nombre siquiera... ese amante, señores, no es mas que un impío, un bastardo!

Condesa. No lo creais!

Andrónico. Y si quereis pruebas, señores... mirad como se mueven esos tapices... Soldados! tiradlos al suelo.

Condesa. No os acerqueis. (*Al ir los soldados á obedecer, el guerrero abre los tapices y se presenta.*)

Guerrero. El que está oculto en esta casa no es impío ni bastardo.

Andrónico. (*Sorprendido.*) Qué hombre es este?—Sea quien fuere, todo el que se esconde de noche en casa de una muger la deshonra; y al presentarle al emperador su esposa, yo le presentaré tambien su rival.— Date á prision: entrégame tu espada.

Guerrero. Yo no entrego mi espada sino á otro mas noble que yo. Quién eres tú, miserable aventurero, que ocultas tu rostro bajo una máscara?

Andrónico. Si yo te digera mi nombre, caerias á mis pies implorando perdon.

Guerrero. Tal vez: atrévete, pues, á decirlo.

Andrónico. Tú me provocas? (*Quítase la máscara.*) Mira: soy Andrónico Comeno, primo del emperador: dame la espada!

Guerrero. (*Alzando la visera.*) Y yo soy Manuel Comeno, el emperador!

Todos. (*Cayendo de rodillas.*) El emperador!

Emperador. (*Acercándose á Andrónico que está en pie.*) Habeis querido deshonrar á la condesa de Monfort, príncipe Andrónico! (*Arrancándole la gorra y tirándola al suelo.*) Saludad á la emperatriz!

Andrónico. (*Aparte.*) Estoy perdido!... oh rabia!

ESCENA XIII.

DICHOS.—INES, *sale corriendo, sin velo, y con el cabello en desorden.*

Ines. Madre mia! madre mia!

Condesa. Ines!

Ines. Qué hombres son estos!

Condesa. Serénate, hija mia, y dime por qué vienes asi... tan asustada, tan pálida!

Ines. Al salir del monasterio, un hombre se acercó á mí y me arrancó el velo: Miguel trató de defenderme, cuando de repente se presenta un guerrero latino y se precipita sobre el robador: Miguel, al ver al guerrero, da un grito de horror y huye despavorido.—Viéndome sola, eché á correr temblando... y, gracias á Dios! me veo en brazos de mi madre!

Condesa. (*Llorando.*) Infeliz! ya te persiguen tambien á tí!

Emperador. No os bastaba una víctima; Andrónico! necesitabais dos!... Necio! creeis que aun dura el reinado de la impunidad, y tratais de deshonrar tambien á la sobrina de la emperatriz?—Pues yo la declaro aqui princesa de Constantinopla: (*A los senadores.*) que se la proclame por la ciudad, añadiendo que el emperador ofrece una crecida recompensa al que la ha defendido de ese insulto, si se presenta en palacio trayendo como prueba

de ello el velo de la princesa. Primo, os doy gracias por haber reunido aqui senadores y soldados... porque los senadores acompañarán al trono á la esposa del emperador... y los soldados llevarán al traidor á los calabozos de palacio.—Soldados! ya me habeis oido: obcdeced. Senadores, seguidnos.

Ines. Llorais, madre mia?

Condesa. Ven, hija mia! abrázame!

Emperador. Dadme el brazo, señora... la herida... creo que se ha abierto!

Condesa. Sentis dolor?

Emperador. Sí... mucho!... necesito apoyarme... sed vos mi apoyo.—Ines, dame la mano. (*A la condesa.*) Este amor que os ofrezco... quiza no os lo podré consagrar mucho tiempo!... pero á lo menos será sincero! (*Echando una mirada á Andrónico.*) Ah! (*El dolor no le deja hablar: vuélvese hácia los senadores, y dice:*) Vamos, señores. (*Váse con la condesa, Ines y los senadores.*)

ESCENA XIV.

ANDRÓNICO. FOCLES. BARDAS. *Soldados.*

Un saldado. (*A Andrónico.*) Seguidnos: el emperador lo ha mandado.

Andrónico. (*Mirándolo.*) Eh?

El soldado. Seguidnos!

Andrónico. Y si yo me negase?

El soldado. Cederiais á la fuerza.

Andrónico. Aguardad. (*Sacando un pergamino.*) Sabeis qué pergamino es este? pues es una comunicacion del ministro Nicetas al Papa. Oid.—«Santísimo padre: el augusto emperador Manuel Comeno, yendo de caza, se ha hecho una herida con una flecha envenenada: hasta ahora hemos podido ocultar al pueblo, á los grandes, y aun al mismo emperador, la sentencia que Dios ha pronunciado contra él: su muerte está próxima: el gobierno del imperio va á parar á manos de su primo Andrónico Comeno, hasta que llegue á la edad el príncipe Alejo.—Ayudadnos, santo padre, á derrocar del poder á ese hombre impió, que hollaria nuestra religion y nuestras leyes.»—Yo me he apoderado de este mensage: he que-

mado la galera que lo llevaba á Roma... y el santo padre no vendrá en socorro del ministro insolente! —Asi, pues, dentro de algunos dias, mientras vosotros acompañais el féretro del emperador, yo subiré al poder... seré dueño absoluto!... y entonces, lo juro! haré cortar la mano al que me haya puesto las cadenas. Ea!... atadme... llevadme á los calabozos de palacio... llegad, soldados fieles, el emperador lo ha mandado. —Nadie se atreve!... Oh! haceis bien en temer la venganza de vuestro futuro señor!—Soldados, tomad ese oro para que celebreis mi advenimiento al poder... y ahora, abrídme paso! (*Los soldados le hacen plaza*: *Andrónico va á marchar y se detiene viendo salir á Larga-espada.*) El es!

ESCENA XV.

DICHOS.—LARGA.ESPADA.

(*Trae por banda el velo de Ines.*)

Larga-espada. Yo soy, que vengo á la cita que me diste para saber á quien debo esta felicidad! — Dime tu nombre.

Andrónico. Dime tú primero cuál es la muger que amas?

Larga-espada. Pues no lo sabes, tú que me has hecho encontrar á mi adorada Ines?

Andrónico. (*Aparte.*) Ines! qué engaño fue el mio!

Larga-espada. La seguí al monasterio... y pude defenderla y vengarla del vil que la ultrajó.—Pero ahora, dónde está? dónde está?... dímelo tú, mi guia, mi bienhechor!

Andrónico. Dónde está?—En medio de la comitiva que la acompaña al palacio del emperador... del emperador que acaba de declararla ahora mismo princesa de Constantinopla.

Larga-espada. Qué dices?...

Andrónico. Y tú, pobre soldado aventurero, tienes la osadía de amarla?... y dices que morirás si la pierdes?... pues bien: cuéntala por perdida para tí... por perdida!

Larga-espada. Pero quién eres tú que tan pronto me salvas como me asesinas?... tú que sabes darme la vida y la muerte?... quién eres?

Andrónico. Yo soy Andrónico Comeno... Andrónico, que

ahela la corona de los Césares, como tù anhelas esa muger. El destino nos rechaza á entrambos; pues bien, luchemos juntos; y si logro el poder, te daré tesoros... te haré patricio y ministro de palacio... te haré tan noble, tan grande, que puedas aspirar á la mano de la princesa de Constantinopla.

Larga-espada. Y en cambio de todo eso, qué vas á pedirme?

Andrónico. Solo que me reveles todos los secretos de la condesa de Montfort, hoy emperatriz.

Lapga-espada. Y cómo he de saberlos?

Andrónico. Haciéndote su confidente.

Larga-espada. Y cómo ha de acercarse á ella un pobre soldado aventurero? —(*Oyese á lo lejos el son de las trompas.*)

Andrónico. Oyes?... esas trompas anuncian un pregon: el emperador ofrece crecidas recompensas al que ha defendido á la princesa Ines, si presenta en prueba su velo blanco.—Tú le tienes: las puertas de palacio se abrirán ante tí... tú obtendrás el favor de la emperatriz... me servirás, y yo te haré noble: consientes? Para mí la corona... para tí la princesa.

Larga-espada. La princesa!...

Andrónico. Júrame responder sin rodeos á todas las preguntas que te haga el que te presente este anillo?

Larga-espada. Júrame tú hacerme tan noble que obtenga la mano de Ines... porque esa muger, te lo repito... es mi vida!

Andrónico. Lo juro por la cruz!

Larga-espada. Y yo lo juro por los manes de los guerreros!

Andrónico. Vamos pues á palacio: tú á los salones... yo á los calabozos.—Soldados, llevadme preso... no es el emperador moribundo quien os lo manda, es el emperador venidero: desgraciado del que no obedezca! (*Le atan las manos.*) Focles, toma este anillo; y tú, Bardas, este pergamino: seguidme. (*Aparte.*) Manuel Comeno!... voy á introducir en tu palacio el amante de Ines... al rival de tu hijo!... Ah! creiste herirme en el corazon, y no has hecho mas que desgarrarme la túnica. (*A Larga-espada.*) Hasta mañana.

Larga-espada. Hasta mañana.

telon.

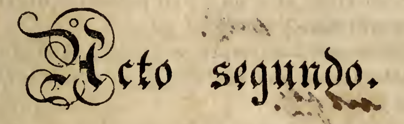
ESCENA XVI.

LARGA-ESPADA.

Es princesa de Constantinopla!... van á abrirme las puertas de palacio!... y cuando Andrónico tenga la corona, yo... Pero esa corona pertenece á... Y la condesa es emperatriz!... Tantas ideas cruzan en mi cabeza que temo volverme loco! (*Con exaltacion.*) Destino, que me has echado á este mundo... destino, que me has amparado en las batallas... que me has mostrado las huellas de esa muger, y has encendido tanto amor en mi corazon... Destino, que me has conducido á este grande imperio... condúceme ahora al palacio de los emperadores de Oriente!







Acto segundo.

Un salon del palacio imperial.

ESCENA PRIMERA.

BARDAS. FOCLES. ARBATES. PATRICIOS. SENADORES, *en escena.* *Sale* LARGA-ESPADA.

Arbates. Salud al guerrero normando!

Larga-espada. Salud y prosperidad, señores.

Arbates. Salís de la cámara del emperador?

Larga-espada. De allí salgo.

Arbates. Y cómo está de salud?

Larga-espad. Parece que se va mejorando.

Arbates. La emperatriz y el ministro qué dicen?

Larga-espada. Tienen esperanzas.

Arbates. Entonces, tambien debemos tenerlas!—Vamos á la capilla. (*A los patricios.*)

Senador 1.º (*A los senadores.*) Y nosotros al senado. (*Vanse todos ellos.*)

Focles. (*Deteniendo á Larga-espada.*) Dos palabras.

Larga-espada. Quién eres tú?.... qué me quieres?

Focles. Juraste responder á todas las preguntas que te hiciera el que te presentase este anillo. Dime, pues: se ha agravado el emperador esta noche?

Larga-espada. Sí.

Focles. Y ahora?

Larga-espada. La fatiga le tiene postrado.

Focles. Ha hecho testamento?

Larga-espada. Todavia no. (*Vase lentamente.*)

Focles. Bien... vamos á darle parte á Andrónico. El anillo que hace hablar á este hombre, hace tambien que se me abran las puertas de su encierro.—Tú, Bardas, no le pierdas de vista; si se queda en palacio, quédate; si sale sal con él. (*Vase.*)

Bardas. Bien está.—Siempre espiando!... qué gana tengo de que acabemos de una vez! (*Vase por donde se fue Larga-espada.*)

ESCENA II.

LA CONDESA, EL CAPITAN LÁSCARIS. *Luego* NICETAS.

Capitan. Señora, le hemos buscado en balde por toda la ciudad.

Condesa. Pobre Miguel!... donde estará?

Capitan. Por lo que hace á los marineros sublevados, ya se han enviado tropas que en breve los sujetarán.

Condesa. Qué hay, Nicetas?

Nicetas. (*Saliendo.*) Condesa, es necesario darnos prisa á traer cuanto antes á palacio al príncipe Alejo. Su vida está amenazada: los marineros se han sublevado... Solo en este palacio puede estar con seguridad.

Condesa. Será preciso enviar algunos batallones para que vengan custodiándolo.

Nicetas. No soy de ese parecer: aun entre las tropas ha prendido la sedicion. Convendria traerlo secretamente y disfrazado... Ah! si ya pudiera separarme del emperador, yo mismo iria...

Condesa. Sí: es preciso elegir una persona de toda confianza... Si Miguel hubiera parecido!...

Nicetas. Pero no está aquí.

Condesa. Escuchad: el guerrero latino que defendió á Inés es enteramente nuestro, y como recien llegado á este palacio no puede estar ganado por nuestros enemigos.

Nicetas. Es verdad: él puede servirnos; y nadie sospechará el encargo que lleva.

Condesa. Capitan Láscaris, id pronto y decid á Larga-espada el normando, que aquí le espero: luego ireis á saber si las tropas han puesto en orden á los marineros.

Capitan. Contad conmigo. (*Vase.*)

ESCENA III.

LA CONDESA, NICETAS.

Condesa. Siempre rodeados de terror!—Ah! Nicetas!... por qué me descubristeis?... por qué me habeis hecho instrumento de vuestra ambicion?

Nicetas. Mi ambicion?

Condesa. Sí, la ambicion que de simple sacerdote os ha elevado á la dignidad de primer ministro.

Nicetas. El sacerdote no ha dejado la iglesia por el palacio, señora!—El sacerdote es siempre socerdote. Yo prodigaba socorros y consuelos á los pecadores afligidos, y veia que la miseria y el vicio iban en aumento. Entonces estendí los ojos y contemplé ante mí el imperio de Oriente, ese coloso que con una mano toca á la Palestina, y con la otra á la Italia... y le ví agitarse en la agonía postrado y miserable... Ese es, dije al verlo, ese es el pecador que debo consolar; ese es el enfermo que necesita socorro. Vi que los enemigos invadian las fronteras, y me hice soldado, señora, y combatí por mi patria. Pero despues observé que el principio de su mal estaba en la corte de los emperadores, y vine á la corte á dirigir públicamente reconvenciones y consejos al emperador Manuel, cuya bondad me hizo primer ministro. Ya veis, señora, como el móvil de mis acciones es la caridad cristiana y no la ambicion: ya veis como el sacerdote es siempre sacerdote.—Ahora mi empeño es que no muera sin dejar hecho su testamento; pero esta idea le asusta... ya lo habeis visto. Sin embargo, si muere sin hacerlo, yo ocultaré su muerte por un dia; en este tiempo os pondré en salvo, y me quedaré solo haciendo frente á Andrónico Comeno, hasta que logre salvar el imperio de su tiranía ó morir noblemente en el cadalso.

Condesa. (*Besándole la mano.*) Ah! perdonad, señor, mis injustas sospechas!

Nicetas. Larga-espada se acerca: os dejo con él, y voy á esperar que el emperador dispierte. Prudencia, señora, y tengamos confianza en Dios! (*Vase.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA, LARGA-ESPADA.

Larga-espada. Me habeis enviado á llamar, señora?

Condesa. Sí. Dime, cuántos dias hace que estás en Constantinopla?

Larga-espada. Dos dias.

Condesa. Tienes amigos en este palacio?

Larga-espada. Ninguno.

Condesa. Eres buen cristiano?

Larga-espada. Cristiano!... No lo soy, señora. No he tenido padres que cuidaran de llevarme cuando niño á recibir el bautismo.

Condesa. Pero y tus parientes?

Larga-espada. No tengo parientes.

Condesa. Pues quién te ha criado?

Larga-espada. Me acuerdo confusamente que un pescador me cuidaba y me llamaba *el hijo de la Tempestad...* y que un dia murió herido de un rayo. Entonces, viéndome solo, seguia los campamentos... y recogia las migajas y desperdicios del rancho de los soldados... Ellos me recogieron en sus tiendas... y esto es lo único que recuerdo de mi niñez.

Condesa. Sin madre?... sin parientes!... sin esperanza... porque la religion es la esperanza.

Larga-espada. Oh! yo he adoptado una, señora: yo tambien tengo mi virgen y mis santos.

Condesa. Y cuáles son tus santos?

Larga-espada. Mis santos son los caballeros... los valientes, cuyas hazañas he oido referir... los Robertos, los Tancredos!... Mis santos, señora, son... el conde de Montfort vuestro padre, que llevaba una armadura de gigante, y el bizarro Hugo de Montfort vuestro hermano, que murió el último defendiendo con cien hombres una ciudadela contra todo un ejército. Yo invoco sus sombras enmedio del combate, y mas de una vez, alentado con sus recuerdos, he decidido la victoria.

Condesa. Y por qué no eres capitan?

Larga-espada. Porque no soy cristiano. He merecido la estimacion de los gefes, pero nunca su confianza.

Condesa. Y si yo te concediera hoy la mia?

Larga-espada. No se veria burlada.

Condesa. Si yo te fiara una comision importante?

Larga-espada. La cumpliria fielmente.

Condesa. Escucha.—Irás inmediatamente al monasterio de Gálata... alli es la residencia del príncipe Alejo, y le dirás de orden del emperador que se disfrace con el trage de uno de sus guardias, y que entre solo en Constantinopla á media noche por la puerta Oriental, sin descubrirse á nadie hasta que esté en este palacio.

Larga-espada. Yo no conozco los sitios: cómo he de hallar ese monasterio?

Condesa. Cuando llegues al hipodromo, mira á occidente, y le verás delante al otro lado del Bósforo: su cúpula es de bronce y sus torres doradas. Ve pronto.

Larga-espada. Os doy gracias, señora, porque teneis confianza en mí. (*Vase.*)

Condesa. Pobre joven!... su aspecto interesa y su suerte conmueve... Ah! ya quiero hacerle dichoso!... (*Viendo á Inés.*) Qué traes, hija mia?

ESCENA V.

LA CONDESA. INES. *Luego* MIGUEL.

Ines. Vengo llena de gozo á anunciaros...

Condesa. La llegada de Miguel, sin duda?

Ines. Miradle aqui, madre mia.

Condesa. Miguel!... qué inquieta me has tenido!... pero ya te veo, y soy dichosa.

Miguel. Dichosa!... Ah! señora, sabeis qué nueva os traigo?

Condesa. Cuál?

Miguel. Me he hallado en médio de la sedicion que estalló entre los marineros... y á poco ví llegar la tropa que los acometió y deshizo, apoderándose de un pergamino que los rebeldes llevaban por bandera y alzaban en alto proclamando á Andrónico heredero del imperio.—Aqui está: (*Presentando el pergamino.*) yo me he encargado de entregarlo á la emperatriz.

Condesa. Qué pergamino es este?

Miguel. Leed.

Condesa. (*Recorriéndolo.*) Cielos!... una carta del ministro al papa, en que lo descubre todo!...

Ines. Qué teneis, madre mia?

Condesa. Y el contenido de ese escrito...

Miguel. Es ya público en Constantinopla.

Condesa. Ya no hay esperanza!... ni podremos huir ni ocultar la muerte del emperador... todos ya la esperan...

Ines. Madre! qué agitacion!...

Condesa. Él viene!... la muerte trae pintada en el rostro!... —Toma, hija mia, toma, guarda ese pergamino... escóndelo. (*Dáselo á Ines.*)

ESCENA VI.

DICHOS.—EL EMPERADOR, *sostenido por Nicetas.* SENADORES. PATRICIOS.

Emperador. Salud á todos, senadores y patricios!... gracias por vuestro interés y vuestras oraciones... (*Haciendo un esfuerzo.*) Ya estoy mejor. (*Aparte á Nicetas.*) Nicetas, haz que se vayan.

Nicetas. Senadores, el emperador desea estar solo. (*Todos se inclinan profundamente y se van.*)

Emperador. Adios, señores... adios... (*Cae en brazos de Nicetas y la condesa, que lo sientan en un sillon.*) Ay!

Condesa. Padeceis mucho?

Emperador. Tanto, que á cada paso llevo la mano al vendaje que cubre la llaga, para quitarme el dolor con la vida.

Condesa y Nicetas. (*Deteniéndolo.*) Señor!...

Emperador. No!... yo tendré valor!... lucharé con el mal hasta que logre vencerlo... Ah! deseo tanto la vida... desde que os tengo á mi lado!... Y tengo tantas cosas que hacer en el imperio... Quiero agrandar el templo de santa Sofía... quiero que sea la octava maravilla del mundo. (*Volviéndose á Ines.*) Princesa Ines, cuando llegue la primavera, iremos juntos á habitar los jardines de Alejandría, y los haremos mas espléndidos aun que los de Babilonia.

Nicetas. Y decidme, señor: no seria prudente, ahora que os vais mejorando y estais fuerte, que aseguráseis á los

que amais la herencia del imperio por medio de un testamento?...

Emperador. Un testamento!... siempre estás con lo mismo! Esa palabra es funesta... Me acuerdo que mi padre, apenas acabó de dictar el suyo, espiró. Verdad es que yo no estoy en ese caso... aun tengo fuerzas... mira... (*Se levanta con trabajo.*) Anda, vé á buscarme la corona de los Césares.... quiero ponérmela y recibir en el trono. Anda!

Nicetas. Mejor es que descanseis, señor.

Emperador. Con los enfermos hay que ser complaciente... Anda, haz lo que te mando.

Nicetas. Obedezco, señor. (*Aparte á la condesa al irse.*) No hay esperanza, señora!

Condesa. (*Aparte.*) Confiemos en Dios!

Emperador. (*Aparte observándolos.*) Se han hablado en secreto... aqui hay misterio! (*Viendo que la condesa llora.*) Se le saltan las lágrimas!...

Condesa. (*Aparte.*) Cielos!

Emperador. Elena, id á decir que vengan los senadores y guardias á acompañarme á la sala del trono.

Condesa. (*Mirando á Ines.*) Pero...

Emperador. Id pronto... pronto!

Condesa. Obedezco. (*Vase mirando á Ines.*)

ESCENA VII.

EL EMPERADOR. INES.

Emperador. Hija mia... no has notado que tu madre llora?

Ines. Sí señor.

Emperador. Y sabes tú cuál es la causa?

Ines. No; pero vos que la amais tanto podeis enteraros de ella conmigo; porque sin duda está en este pergamino que me ha confiado, mandándome que le ocultase.

Emperador. Veámoslo pues, y busquemos el remedio de su tristeza. Lee.

Ines. Y vos hareis que me perdone por haber faltado á su mandato, no es cierto?

Emperador. Sí, hija mia: yo cargaré con toda la culpa: lee pronto.

Ines. (*Lee.*) «El augusto emperador Manuel Comeno, yen-

do de caza, se ha herido con una flecha...» (*Queda turbada.*)

Emperador. Vamos, sigue...—Qué es eso?... tiemblas?... (*Tomándola el pergamino.*) Qué es lo que dice?

Ines. Ah! no lo leais!... (*Queriendo quitárselo.*)

Emperador. (*Apartándola.*) Déjame... déjame! (*Lee.*) «...Se ha herido con una flecha envenenada!...» Dios mio!.... «Hasta ahora he podido ocultar al pueblo, y aun al mismo emperador, la sentencia de muerte...» Esto es mentira! Quién se ha atrevido... (*Mirando la firma.*) «Estéfano Nicetas.»—Ah! este nunca ha mentido!... Dios mio!.... con que es verdad!... estoy herido de muerte... de muerte!... Ah! la sangre me ahoga!... Abrid, abrid... que entre aire!... yo me ahógo! (*Cae en el sillon.*)

Ines. (*Aterrada.*) Socorro!... salvad al emperador!

ESCENA VIII.

DICHOS.—NICETAS. LA CONDESA. SENADORES. PATRICIOS. GUARDIAS. MIGUEL. FOCLES.

Nicetas. (*Apresurado.*) Mi señor!... mi emperador!

Condesa. Esposo mio!

Emperador. (*Volviendo en sí.*) Ah! eres tú, Nicetas?... y tú, Elena?... Con que Dios me ha sentenciado!

Nicetas. Cómo, señor!

Emperador. (*Presentándole el pergamino.*) Lee!

Nicetas. Mi carta al pontífice!... (*Cae de rodillas.*) César.... perdon!

Emperador. Perdon!... de qué?... de haberme conservado la esperanza hasta mi última hora?... de haberte sacrificado por mí?...—Ven á mis brazos!... (*Estrechándole en ellos.*) Adios, fiel servidor!... adios, mi amado imperio!... yo os salvaré á entrambos. (*Alzando la voz.*) Grandes del imperio, oid. (*Hace seña, le traen la corona y se la pone.*) Dejo la corona á mi hijo el príncipe Alejo Comeno, con la condicion de que dé la mano á la condesa Ines de Monfort; y encargo entretanto el gobierno á la emperatriz Elena. Nombro tambien á Estéfano Nicetas, patriarca de Constantinopla. Dios proteja al imperio y á la iglesia!—Venid, seguidme á la capilla de palacio... allí firmaré el testamento, y recibiré el sagrado viático. Espo-

sa mia... amigo... sostenedme. (*Echa á andar apoyado en ellos.*) Dios mio!... cuántas veces te pedí morir en un campo de batalla!—Venid, señores, seguid al emperador. (*Vanse todos menos Focles.*)

ESCENA IX.

FOCLES.—*Luego* BARDAS.

Focles. Va á dictar el testamento!... Nicetas ha triunfado, y Andrónico queda vencido!... quizá le condenarán á muerte... y á sus cómplices tambien. Qué debo hacer?...—Ah! aqui viene Bardas...—Qué traes?

Bardas. He seguido al soldado latino, y le he visto atravesar el Bósforo y entrar en el monasterio de Gálata. Y por aqui, qué hay?

Focles. Nada bueno. El emperador se muere...

Bardas. Sí?

Focles. Vamos... vamos á ver á Andrónico... quizá él pondrá remedio... si no, somos perdidos!

Bardas. Vamos, pronto. (*Vanse.*)

ESCENA X.

LA CONDESA. INES.

Condesa. Ven, hija mia, ven... qué llanto es ese?

Ines. Ah! nadie puede exigirme semejante sacrificio!

Condesa. Y si hubiese una persona que te lo rogase de rodillas?

Ines. Quién?

Condesa. Yo, hija mia!

Ines. Vos!... Ah! es imposible!

Condesa. Solo dando tú la mano al príncipe Alejo, obtengo, en clase de emperatriz madre, el gobierno del imperio, y alejo del trono al cruel Andrónico.

Ines. Ah! pues dejadle el trono, madre mia!

Condesa. A Andrónico?... y sabes que su primer hazaña seria quitarme la vida?

Ines. Ah! eso no!—Entonces, madre mia, acepto; daré la mano al príncipe... á quien jamás he visto... me casaré sin amor!

Condesa. Ya le amarás, hija mia!

Ines. No, nunca!... el corazon no me pertenece, ya os lo he dicho!

Condesa. Insensata! aun te acuerdas de aquel guerrero normando... que ya se habrá olvidado de tí?

Ines. No, no lo creais!... no se ha olvidado!... yo le he vuelto á ver.

Condesa. Dónde?

Ines. Aqui.

Condesa. Aqui!

Ines. Y quién, sino él, podia hallarse siempre á mi lado, y defenderme á la puerta del monasterio!

Condesa. Cómo!... ese soldado normando...

Ines. Es el mismo, madre mia!

Condesa. Ese?... gran Dios! (*Aparte.*) Si llega á saber que va á perderla!...

ESCENA XI.

DICHAS.—MIGUEL.

Miguel. Señora, señora... el emperador, en cuanto ha firmado el testamento, se ha arrancado el vendaje que cubria la herida, y ha espirado en las gradas del altar!

Condesa. Ah! esposo mio!

Miguel. El ministro Nicetas os busca.

Condesa. Hija mia... el instante ha llegado!

Ines. Bien, madre mia... (*Llorando.*) seré emperatriz!

Condesa. (*Abrazándola.*) Hija, ten valor! (*Aparte.*) Pero Larga-espada va á volver!... cómo impediria que viese á Ines!... él la ama sin duda... y si sabe que va á dar la mano á otro...—Ah! (*Llégase á la mesa y escribe.*)

Ines. (*Aparte.*) Casarme con otro!... Dios mio!... asi voy á pagar tanto amor! (*Siéntase llorando.*)

Condesa. (*Leyendo.*) «La emperatriz manda á Larga-espada que no se presente en palacio hasta despues de media noche.»—Luego, yo sabré recompensarlo y alejarlo de Constantinopla. (*Aparte á Miguel.*) Escucha, Miguel: un guerrero normando va á llegar á palacio: corre á su encuentro, y entrégale esta orden.

Miguel. (*Temeroso.*) Un guerrero normando!

Condesa. Sí, ya lo conocerás... es el que os defendió al salir

del monasterio... se llama Larga-espada. Corre, corre... yo voy á buscar á Nicetas. (*Vase precipitada.*)

Miguel. (*Turbado.*) Qué es lo que acaba de mandarme?... Ese guerrero... ese fantasma... No: la turbacion me habrá hecho oir mal... no es posible!... vamos. (*Dirígese al fondo: aparece Larga-espada: Miguel retrocede aterrado.*) Él es!... Perdon... perdon... Dios mio! (*Huye.*)

ESCENA XII.

LARGA-ESPADA. INES.

Larga-espada. El emperador ha muerto, y todo en este palacio es terror y agitacion...—Qué veo!... Ines!

Ines. (*Levantándose.*) Ah! él es!... Dios le trae á mi lado.

Larga-espada. Yo soy, princesa.

Ines. Ah! bendigo al cielo!... tengo una gracia que pediros.

Larga-espada. Y yo venia á pediros otra.

Ines. Acabad; qué quereis?

Larga-espada. Ese velo... era mio ayer... era mi consuelo, mi tesoro... no me lo querreis devolver?

Ines. Este velo... ya no me pertenece á mí sola... es el velo de desposada!

Larga-espada. Desposada!

Ines. Sí, en breve seré esposa.

Larga-espada. Y quién será vuestro esposo?

Ines. El príncipe Alejo Comeno que debe llegar esta noche á palacio.

Larga-espada. Sí!... esta noche!

Ines. Y yo queria suplicaros que me perdonáseis... y no vieseis en esto sino un sacrificio inmenso que hago á la paz, á la felicidad del imperio... y de mi madre...

Nicetas. (*Saliendo apresurado.*) Venid, princesa... venid, voy á presentar á los senadores la esposa de su nuevo emperador.

Ines. (*Mirando á Larga-espada.*) Ah! ya comienza mi reinado... y mi desgracia!

ESCENA XIII.

LARGA-ESPADA.

Esposa!... esposa de otro!... Ines no será esposa mia!... y me ama!...y la sacrifican!... Oh! imposible! antes la muerte de ese rival... la muerte de todos!—El que toque á mi tesoro ha de matarme ó morir! Príncipe Alejo, yo sé el camino que traes... yo mismo te lo he designado... saldré á tu encuentro, y veremos ..—Pero qué estoy diciendo!... un niño de quince años!... llamarle al combate seria una cobardía... matarle en el camino seria un crimen! Ah! qué me importa el crimen!... tengo yo padres sobre quien recaiga la deshonra? Yo soy solo en el mundo... sin fé, sin Dios, sin otra guia que el instinto que me impele á defenderme y á vengarme. (*Saca la espada.*) El instinto me lo manda!... que muera!

ESCENA VIV.

LARGA-ESPADA. FOCLES. BARDAS.

Focles. Conoces este anilllo?
Larga-espada. Qué anillo es ese?
Focles. El de Andrónico.
Larga-espada. Es verdad: qué quieres?
Focles. Cuándo debe venir á palacio el príncipe Alejo?
Larga-espada. Esta noche.
Focles. Esta noche?... y quién le acompañará?
Larga-espada. Nadie.
Focles. Vendrá, pues, disfrazado?
Larga-espada. Sí.
Focles. Con qué trage?
Larga-espada. Con el de uno de sus guardias.
Focles. Por qué puerta entrará en la ciudad?
Larga-espada. Por la puerta oriental.
Focles. A qué hora?
Larga-espada. (*Dudoso.*) A qué hora?...
Focles. Sí, á qué hora?... responde!
Larga-espada. A media noche.
Bardas. Cerca está ya: démonos prisa, Focles.

Focles. No tengo aqui armas.
Bardas. Yo llevo dos puñales... partamos.
Focles. Estan envenenados?
Bardas. Para qué? Cuando el brazo no tiembla, son seguros.—Basta con esto.
Focles. Marchémos, pues. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

LARGA-ESPADA.

Van á asesinarle!.... Dos infames contra un niño!... Ah! destino, yo te doy gracias porque me evitas cometer un crimen tan atroz! Ines se verá libre, y mi mano no se manchará de sangre!

ESCENA XVI.

LARGA-ESPADA. LA CONDESA.

Condesa. (*A un guardia que trae una espada.*) Ponla en esa mesa : vete.
Larga-espada. (*Aparte.*) La condesa!... Cielos!
Condesa. Has cumplido mi orden?
Larga-espada. Sí, señora.
Condesa. Bien: cuando el nuevo emperador entre en palacio, yo le haré saber tu lealtad... y te dará la orden de partir al ejército de Alejandría con el grado de capitan.
Larga-espada. Alejarme de este palacio!...
Condesa. (*Aparte.*) La ama sin duda!—Allí tiene Andrónico parciales, que al saber la muerte del emperador, promoverán la rebelion: necesitamos, pues, enviar un guerrero leal y valiente que defienda nuestra causa, y confiamos en tí mas que en ningun otro. Al despuntar el alba recibirás para partir un caballo árabe y una armadura damasquina... ese es el regalo del emperador: el mio, mira, aqui lo tienes... la espada del valiente Hugo de Montfort, mi hermano.
Larga-espada. Su espada!
Condesa. Yo te la regalo.
Larga-espada. A mí?...
Condesa. He guardado muchos años esta preciosa herencia,

para dársela á un hijo, que aun tenia esperanza de hallar!... Pero ya esa esperanza se ha desvanecido... y no puedo colocar esta espada en ninguno mas valiente que tú.

Larga-espada. La espada de Monfort!... Ah! yo no soy digno de ella, señora!

Condesa. Por qué?... no eres valiente y leal?

Larga-espada. Esta espada es la herencia de los héroes... y yo no la merezco!

Condesa. Cómo no?... Sabes que á no hallarte en este palacio, hubiera tenido que confiar á otro la comision que tú has desempeñado, y que ese quizá me hubiera vendido.... hubiera revelado el secreto de la llegada del príncipe, y dirigido contra él á los secuaces de Andrónico... á los asesinos?—Sabes que si Andrónico es emperador, hace derribar mi cabeza?

Larga-espada. (*Horrorizado.*) Qué decís?...

Condesa. Ah! sí!... nada basta para pagarte la lealtad con que me has salvado!

Larga-espada. Ah! miserable!... (*Empuñando la espada.*) Acepto esa espada, señora!

Condesa. Esgrímela contra mis enemigos...

Larga-espada. Sí!... contra vuestros enemigos! (*Yéndose.*)

Condesa. Dónde vas?

Larga-espada. Á salvaros!

Condesa. Espera!... (*Dan las doce.*)

Larga-espada. (*Con desesperacion.*) Ah! media noche!...

Condesa. El príncipe entra ya en Constantinopla!... ven á esperarlo!

Larga-espada. Ya no será tiempo!... Dejadme!... soy un traidor! (*Vase precipitado.*)





Acto tercero.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, MIGUEL.

Miguel. Decis que me aleje, señora, que me separe de vos, cuando os veo espuesta al odio, á la venganza de Andrónico!

Condesa. Y qué podrias tú hacer para defendernos? No, Miguel: tú que puedes partir, no te detengas, vuelve á Francia.

Miguel. Hace pocas horas que reinabais, que os llamaban la emperatriz Elena, y me honrabais con vuestro favor ahora que estais caida, pretendeis que no participe de vuestra desgracia?

Condesa. Ah! si yo te hubiera hallado en aquel momento, Miguel!... aun duraria mi reinado; pero Dios lo dispuso de otro modo.

Miguel. Qué quereis decir?

Condesa. Que hubiera dado á tu lealtad el encargo de ir á dar aviso al príncipe Alejo.., tú le hubieras traido salvo á palacio... y no se hubiera consumado la traicion que me ha perdido!

Miguel. Pues á quién disteis el encargo?... quién os hizo traicion?

Condesa. Un joven que bajo el esterior de la mas noble lealtad, esconde un corazon infame... pero tú le has vis-

to, Miguel, y puedes disculpar mi imprudencia: ese guerrero normando...

Miguel. (*Aterrado.*) Ese!... gran Dios!

Condesa. Ese que defendió á mi pobre Ines... y en quien yo, por ese hecho, deposité toda mi confianza... Ah! imprudente! ó mejor diré, infeliz!... pues cada vez que veo un joven de veinte años, de aspecto noble, de fisonomía varonil, al instante digo entre mí... «asi seria ahora mi hijo!» y ese joven, Miguel, tiene esa edad, ese aspecto mismo... yo gozaba mirándole... yo sentia una inclinacion poderosa hácia el...

Miguel. (*Temblando.*) Y dónde está, señora?... dónde está?

Condesa. No lo sé.—Despues que consumó la traicion, le he buscado en balde por palacio. Pasó por él como el genio del mal... sembró la desesperacion... y desapareció.

Miguel. Dios mio! no le bastan mis tormentos!... quiere tambien vengarse en los que yo mas amo!

Condesa. Qué dices? tu razon se altera!

Miguel. No, no!... bien me acuerdo...

Condesa. Miguel, vuelve en tí!

Miguel. Ah!... qué horror!... yo soy un vil criminal!

Condesa. Cuál es tu crimen?

Miguel. No me lo pregunteis!... yo os lo diré ante el tribunal de Díos!

Condesa. Cómo!... tan grande es?

Miguel. Veinte años de oracion y de lágrimas no han podido aplacar la cólera divina! (*Cae en un delirio.*)

Condesa. Miguel!... Miguel!... no hay crimen que no tenga perdon.

Miguel. Perdon!... Ah! no! Dios castiga y persigue sin cesar!

Condesa. Nuestro Dios es un Dios de clemencia.

Miguel. Es un Dios de venganza!

Condesa. Miserable! estás blasfemando! No hay delito, no hay pecado que no se borre por medio de la confesion.

Miguel. La confesion! ah! cien veces me he arrodillado á los pies del confesor, y cien veces la confesion de mi delito se ha detenido en mis labios!

Condesa. Cómo! criminal impenitente!... veinte años hace que llevas impura tu alma?...

Miguel. Perdon! señora!

Condesa. No sabes que, en este palacio sobre todo, la

muerte puede arrebatarte de un momento á otro?... y que en fin, á tu edad...

Miguel. Ya lo sé!

Condesa. Y no has pensado todavia en ganar la salvacion de tu alma?

ESCENA II.

DICHOS.—NICETAS.

Nicetas. (*Apresurado.*) Señora, os venia buscando!... Salgo ahora del senado, y puedo daros esperanzas de que en breve acaso os volvereis con vuestra sobrina á Francia.

Condesa. (*Gozosa.*) Será posible?

Nicetas. Sí, señora.

Condesa. Bien: pues ya que tanto debo á Nicetas el ministro, quiero pedir una gracia á Nicetas el sacerdote.

Nicetas. Qué me pedís?

Condesa. (*Mirando á Miguel.*) Piedad y absolucion para un pobre pecador.

Nicetas. Dios nos ha prescrito la caridad, señora!

Condesa. Y cuándo podrá acercarse al tribunal de la penitencia?

Nicetas. A la hora de los funerales del emperador; yo vendré á rezar á este salon; y aqui absolveré al que llegue arrepentido y contrito.

Condesa. Os doy gracias! (*Ruido dentro.*)

Nicetas. Qué ruido es ese? (*Yendo al foro.*)

Miguel. A vos deberé mi salvacion, señora!

Nicetas. El emperador viene... retiraos, condesa: yo os iré á ver pronto.

Condesa. Os espero! (*Vase con Miguel.*)

Nicetas. (*Mirando un pergamino.*) Escepto dos senadores, todos han firmado... muchos votos son para que el emperador no ceda.

ESCENA III.

NICETAS.—ANDRÓNICO. FOCLES. BARDAS. PUEBLO.

Andrónico. Quiero que se encierre el cadaver del empera-

dor Manuel en una urna de oro, y se coloque en un mausoléo de ágata y pórfido.

Focles. Señor, la última guerra tiene casi exhausto el tesoro...

Andrónico. Que se arranquen de este palacio los mármoles y el oro, que se quite á santa Sofía la cúpula de piedras... y si no basta, venderé los diamantes y perlas de la corona... Quiero ademas que se haga la estátua de bronce del malogrado príncipe Alejo, y se coloque sobre la puerta oriental, á fin de que todo pasagero recuerde el sitio donde aquel infeliz joven fue traidoramente asesinado, y pida á Dios por su alma.—Hágase asi.

Focles. Bien, señor.

Nicetas. (*Aparte.*) Es Andrónico el que habla?

Andrónico. (*Viéndole.*) Ministro Nicetas!...

Nicetas. Señor...

Andrónico. Acercaos.—Qué os trae cerca de mí?

Nicetas. Vengo en nombre del senado á haceros una peticion.

Andrónico. Del senado!... hablad.

Nicetas. (*Presentándole el pergamino.*) Leed, señor.

Andrónico. (*Lee.*) «El senado ha resuelto dirigirse al augusto emperador Andrónico Comeno, y pedirle que la condesa de Montfort y su sobrina la princesa de Constantinopla sean transportadas á bordo de una galera del estado, y conducidas á Francia; permitiéndolas, hasta que esto se verifique, retirarse al palacio viejo bajo la guarda esclusiva del primer ministro.» —Esta desconfianza de parte del senado debiera resentirme, Nicetas!... pero se la perdono.—«Tambien reclama que los asesinos del príncipe Alejo sean perseguidos sin descanso.» —Y yo añado aqui, de orden del emperador, que asi ellos como sus cómplices quedan desde ahora condenados á muerte, y que sus restos sean arrojados á las fieras, aunque los culpables pertenezcan á las mas nobles familias... aunque desciendan de la estirpe misma de los Comenos!

Nicetas. (*Aparte.*) Si no será cómplice!

Bardas. (*Aparte á Focles.*) Se ha hecho bueno! estamos perdidos!

Andrónico. Nicetas, esta peticion queda convertida en edicto: (*Firmándola.*) la firmo, y la pongo en vuestras manos.

Nicetas. Señor!... tanta justicia, y tanta bondad!...

Andrónico. Os sorprenden, no es cierto? Sed franco... (*En tono confidencial.*) Nicetas! el mortal que ha pasado su juventud en el ocio y los deleites; el que dando oidos á pérfidos consejos, ha arrastrado una vida torpe y criminal... vuelve en sí con los años: y si Dios entonces le concede un imperio, cambia enteramente de vida... trata de borrar los pasados estravios... y se hace esclavo de la virtud, para ganar el cielo. Asi es como muchas veces un mal príncipe... creedme... suele ser un buen emperador!

Nicetas. Ah! dichoso el ministro que puede contribuir con su celo á la gloria de tal soberano!

Andrónico. Ministro?... Nicetas, vos ya no lo sois.

Nicetas. Cómo! Señor!

Andrónico. Habeis olvidado acaso la última voluntad del emperador Manuel? Creeis que no es sagrada para mí? «A Estefano Nicetas, patriarca de Constantinopla...» dijo al morir: sin duda conoció que despues de su muerte la iglesia necesitaba un pastor fiel y celoso: os eligió á vos... y todos recibimos como un nuevo beneficio ese último rasgo de su sabiduria.

Nicetas. Yo patriarca!

Andrónico. Sí: ambos marcharemos á la cabeza del imperio, yo dirigiendo el estado y vos la iglesia. (*Volviéndose al pueblo.*) Doblad la rodilla ante el patriarca de Constantinopla... acompañadle á la basílica de santa Sofía... vestidle alli la túnica patriarcal... Id, que el cortejo fúnebre va á marchar, y al patriarca le toca bendecir las cenizas.

Nicetas. (*Arrodillándose.*) Oh! mi digno soberano, yo os doy gracias!

Andrónico. (*Impidiéndoselo.*) Qué haceis?... vos á mis pies!... Yo soy, miserable pecador, quien debe arrodillarse á los vuestros. — Andad, Nicetas: Dios os espera.

Nicetas. Dios protege el imperio! (*Vase acompañado del pueblo.*)

ESCENA IV.

ANDRÓNICO. FOCLES. BARDAS.

Andrónico. Habeis cerrado las puertas?
Focles. Sí señor.
Andrónico. (*Quitándose la banda de crespon y echándola á un lado.* Ah! ya respiro!... no podia mas!... estoy fatigado de tanto fingir!
Bardas. (*Aparte á Focles.*) Era todo fingido!
Focles. (*Aparte á Bardas.*) Ay! nos hemos salvado!
Andrónico. Oh! señores senadores!... me declarais la guerra! no soy tan necio que la acepte: todos los gefes del ejército son vuestros, y me ganariais la batalla.— Pero Andrónico posee una virtud, que es la paciencia... y yo con ella os compondré.— Bardas, en esa sala de las estátuas está Larga-espada: hazle entrar. (*Vase.*)
Bardas. Focles, tráeme una toga de ministro. (*Vase Focles.*) Se la he quitado á uno, y es preciso dársela á otro.— Volvamos á fingir: imitemos á Julio Cesar que sabia dar á su rostro la espresion que convenia á las circunstancias... Cielos! por qué ha venido á mi memoria ese nombre?... Julio Cesar murió asesinado!
Focles. (*Saliendo con la toga.*) Aqui está, señor, la toga que habeis pedido. — El acompañamiento fúnebre va á ponerse en marcha.
Andrónico. Sí, ya es de noche!—Y Larga-espada?
Focles. Ya creo que viene. (*Empieza á oscurecer.*)

ESCENA V.

ANDRÓNICO. FOCLES. BARDAS. LARGA-ESPADA.

Andrónico. (*Pensativo.*) No me conviene que la condesa se ausente... desde su destierro puede incitar á los descontentos... No: de ningun modo. —Acércate, amigo mio, y dime por qué no te has presentado antes á mi.
Larga-espada. El triste busca la soledad.
Andrónico. Y cuál es la causa de tu tristeza?
Larga-espada. Vos me lo preguntais?... vos que me habeis hecho traidor!

Andrónico. Y cuál es la traicion?

Larga-espada. Cuál?... la muerte del príncipe Alejo.

Andrónico. Cómo... no amas ya á la hermosa Ines?

Larga-espada. Ah! si no la amase ya me hubiera quitado la vida.

Andrónico. Y llamas traicion á una muerte que la hará esposa tuya?

Larga-espada. Esposa mia.... cuando he vendido á su madre!...

Andrónico. Y qué habias de hacer con un rival que venia á desposarse con Ines?... Creeme, el amor perdona siempre los delitos de amor; y la princesa que no amaba al príncipe Alejo, no te condena allá en su corazon?

Larga-espada. Ines me perdona? Ah! si yo pudiera creerlo...

Andrónico. Pero á qué viene halagarte ahora con esta ilusion!... No, no: mas vale que sigas creyendo que te aborrece, puesto que solo te quedan pocas horas de verla.

Larga-espada. Y por qué?

Andrónico. Porque mañana la condesa Elena y su sobrina Ines se embarcarán de orden del senado en una galera que ha de llevarlas á Francia.

Larga-espada. Mañana?

Andrónico. Sin falta.

Larga-espada. Mañana... yo tambien partiré.

Andrónico. Quieres irte allá para asistir un dia al casamiento de la joven Ines con algun conde ó baron de Francia?

Larga-espada. Y esos títulos de nobleza que vos me ofrecisteis?

Andrónico. Yo no puedo dártelos sino dentro de mi imperio.

Larga-espada. Pero vos que sois emperador, podeis estorbar que partan.

Andrónico. Para eso seria preciso que mis leales servidores pudiesen acercarse á la condesa; pero está encerrada en el palacio viejo, bajo la guarda esclusiva del primer ministro, y ahi ni aun yo mismo tengo derecho de penetrar.—No hay remedio; es forzoso que te resignes, Larga-espada.

Larga-espada. Que me resigne?

Andrónico. Ya hallaremos en mi imperio otra muger que te consuele de la pérdida de Ines.

Larga-espada. En un cuerpo no habita mas que una alma,

y cuando el alma huye, el cuerpo cae en el sepulcro.

Andrónico. Insensato, quieres morir... Y si yo te ennobleciera de modo que pudieras llegar á donde se halla la condesa.... si por este medio prolongára yo su permanencia aqui, aceptarias la vida?

Larga-espada. Ah! Entonces vos seriais el amo... yo el esclavo; vos la voluntad, yo el brazo!

Andrónico. Bien está.—Hola, guardias! (*Aparecen los guardias.*) Escuchad; cumpliendo la última voluntad del emperador Manuel, he hecho á Nicetas patriarca de Constantinopla; ahora nombro en su lugar primer ministro al libertador de la princesa Ines, quedando bajo su guarda ella y la condesa de Montfort.—Vestidle la toga.

Larga-espada. Primer ministro!

Andrónico. Vamos ahora á acompañar el féretro del emperador. (*Aparte yéndose.*) Hacer un patriarca y un ministro fue cosa dificil....—Mas fácil me será deshacerlo. (*Vase.*)

El capitan de guardias. Teneis alguna orden que darme?

Larga-espada. Ninguna.—Dejadme.

ESCENA VI.

LARGA-ESPADA.

(*Cierra enteramente la noche.*)

Primer ministro del imperio de Oriente!... y mi corazon no se conmueve ni late de alegria.—Pues alguna vez allá en mi interior he soñado ya grandezas... Sí; pero no esta; no importa: ya tengo títulos que me autorizan á ofrecerla mi amor. Soy ministro y favorito de un emperador.... A no ser por él, Ines seria de otro y con su proteccion ya puedo amarla... amarla toda la vida!—Sí; pero á que precio me venderá él esta dicha?... quizá me arrastrará de nuevo...—En fin, yo he prometido obedecerle sin tratar de inquirir nada... nada... Ines será mia... qué me importa la tempestad que puede rodearme, si yo llego con ella al puerto. Nada; cerraré los ojos para no ver los medios, y no los abriré sino para conducir á Ines al altar. Entonces... oh! yo me la llevaré lejos de esta corte corrompida, donde los puñales están envenenados, don-

de todo es misterios y falsedad. Borraré todos mis recuerdos, me olvidaré del cielo y de la tierra para no ver ni adorar mas que á ella... á ella sola!—Dejemos, pues, correr las horas (*Se sienta.*), y esperemos al destino con serenidad y confianza.

ESCENA VII.

LARGA-ESPADA. MIGUEL.

(*El teatro está enteramente oscuro.*)

Miguel. Ya ha cerrado la noche... esta es la hora en que el santo sacerdote debe venir á rezar aqui, y para mí es la hora de miedo y de vergüenza! (*Viendo el bulto en la silla.*) Ya está ahí, Dios mio! mantenme en esta oscuridad para poder ocultar mi terror! Dale, Señor, á este criminal fuerzas para hablar á su juez! (*Llégase con trabajo y abatimiento á Larga-espada y se arrodilla cerca de él.*) Tened piedad del que se arrodilla á vuestros pies lloroso y arrepentido!...

Larga-espada. Qué hombre es este?

Miguel. Del que viene á confesar un crímen horrible, y á recibir la penitencia y la absolucion!

Larga-espada. (*Aparte.*) Luego puede absolverse un crímen!...

Miguel. Veinte años hace, padre, que fuí cómplice del asesinato de un niño... Ah! no me confundais... Si supierais cuánto he padecido!... Dios me ha enviado sin cesar la imágen de la víctima para que me helase de horror y me quitase el descanso!

Larga-espada. (*Aparte.*) Cielos, la imágen de la víctima persigue al criminal!

Miguel. Algunos años despues de cometido el crimen, se me apareció bajo el traje de un niño pagano dormido en el suelo; huí á Francia... y allí la cólera divina me lo presentó entre los guerreros normandos que marchaban al combate... allí le ví triste y ceñudo como la venganza!...

Larga-espada. (*A media voz.*) Cielos, y despues?... (*Atendiendo con estupor.*)

Miguel. Me dirijí á Jerusalen y en el camino me le encontré grave y silencioso... He venido á Constantinopla y

aqui le he visto por las calles, en el templo, defendiendo á la princesa... en este mismo palacio, discurriendo por sus salones... en fin, por todas partes!—Ahora, padre mio, vos que podeis absolver, vos que podeis librarme de esa horrenda vision, hacedlo, salvadme!... salvad mi alma... haced que descienda á mí la bondad de Dios en la hora de mi muerte!... piedad, piedad... (*Cae con el rostro contra el suelo.*)

Larga-espada. (*Levantándose.*) Destino, ven en mi ayuda... (*Alzándole de un brazo*; *á media voz.*) Ven, sígueme, infeliz criminal, sígueme...

Miguel. (*Temblando.*) Dónde me llevais, padre mio?....

Larga-espada. Ven, ven... (*Llégase á un lado y descorre un cortinaje que cubre una ventana*; *la luz de la luna ilumina la escena.*) Ahora á la luz de las estrellas, mírame el rostro.

Miguel. (*Espantado.*) Piedad, perdon... (*Cae en tierra.*)

Larga-espada. Oh destino que resucitas al niño asesinado y lo pones hoy en frente de su matador, yo te doy gracias!—Y tú, miserable, dime; en qué palacio ó en qué choza nació ese niño?... responde!—El terror lo ha trastornado... está convulso... y el secreto de mi nacimiento se encierra aqui... en esta cabeza muda y fria!... Oh! si se muriera.... Vuelve en tí, anciano, mira; yo he venido á disipar tu error y á volverte á la vida.... mira; yo no soy espectro ni fantasma...

Miguel. (*Incorporándose.*) Gran Dios!...

Larga-espada. Mira, mira como late mi corazon... cómo respiro... cómo te hablo; soy un mortal como tú... el crímen no llegó á consumarse. No era una sombra vengadora lo que tú veias, sino un hombre que Dios salvó de la muerte.

Miguel. Será verdad?

Larga-espada. Y ahora tú que ayudaste á darme muerte, puedes enmendar aquel crímen dándome la vida. Dime, dime, dónde nací, quien soy, vive mi padre?

Miguel. Acaba de morir.

Larga-espada. Cuándo?

Miguel. Ayer.

Larga-espada. Dónde?

Miguel. En este palacio.

Larga-espada. En este palacio?... y cómo se llamaba?

Miguel. Manuel Comeno, emperador de Oriente.
Larga-espada. El emperador...
Miguel. El emperador.
Larga-espada. Yo, hijo de un emperador, y le he visto morir sin conmoverme! Y mi madre, mi madre tambien habrá muerto... Ah, el emperador... mi padre... qué sossospecha!... hace veinte años... la condesa de Monfort.— Dime el nombre de mi madre, su nombre?...
Miguel. Acabais de nombrarla.
Larga-espada. La condesa de Monfort... mi madre... y vive... vive!... (*Llorando de alegria.*)
Miguel. Oh, Dios mio!... tú vuelves la esperanza á mi corazon!...
Larga-espada. Cielos, el conde Gontran... el valiente Hugo de Monfort son mis abuelos. Ines... Ines es mi parienta; yo soy de la familia de Monfort, nieto de esos guerreros normandos cuyas estátuas de piedra he visto tendidas en los sepulcros de las capillas... Ah! bien me daba el corazon que yo tenia en mi sangre algo de valiente y de caballero!...
Miguel. Viene gente....
Larga-espada. Quién?... dónde estoy?

ESCENA VIII.

Dichos. FOCLES. BARDAS.

Focles. (*Acercándose de él.*) El emperador Andrónico ordena á su primer ministro que nos haga conducir al palacio viejo.
Larga-espada. Quién eres tú?
Focles. El patricio Focles.
Larga-espada. Y tú?
Bardas. Bardas.
Larga-espada. (*Aparte.*) Los dos asesinos del príncipe!.... (*Cavilando.*)
Focles.. Daos prisa
Larga-espada. Hola, guardias... (*Aparecen los guardias.*) El primer ministro manda que deis entrada á estos dos hombres en el palacio viejo.
Focles. Vamos, Bardas.
Bardas. Vamos; terrible comision llevamos! (*Vanse.*)

telon.

Larga-espada. (*Deteniendo al capitan.*) Capitan Láscaris, escuchad; tomad al instante cuatro soldados, corred al palacio viejo y prended alli sin ruido á esos dos hombres; son los asesinos del príncipe Alejo.

Capitan. Sus asesinos!

Larga-espada. Encerradlos allí secretamente, entendeis?.... secretamente... aun para el emperador.

Capitan. Obedeceré.

Larga-espada. Andad. (*Vase el capitan.*)

ESCENA IX.

LARGA-ESPADA. MIGUEL.

Larga-espada. Y tú, pobre viejo, que tanto has padecido en señal de perdon, ven á mis brazos!

Miguel. Oh, mi salvador!...

Larga-espada. Respóndeme á otra pregunta; cuál es el nombre del que ordenó mi muerte?

Miguel. Es un nombre que debe pronunciarse en voz muy baja dentro de este palacio.

Larga-espada. Cuál es?

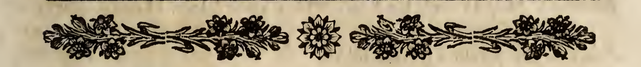
Andrónico. Andrónico.

Larga-espada. (*Fuera de sí.*) Andrónico!...

Miguel. Prudencia.... vuestra madre está cautiva!...

Larga-espada. Ah, sí... aun tengo que salvar á mi madre!...





Acto cuarto.

Un salon del palacio viejo.

ESCENA PRIMERA.

FOCLES. BARDAS.

(*Ambos estan con las manos atadas.*)

Focles. Bardas!
Bardas. Qué hay?
Focles. Qué haces?
Bardas. Tratar de dormirme.
Focles. Hombre, no te duermas, por Dios, que me da miedo verme solo.
Bardas. Tú lo tienes aunque estés acompañado.
Focles. Entiendes tú cómo es que el nuevo ministro nos ha hecho prender?
Bardas. Cuanto mas pienso en ello, menos lo entiendo.
Focles. Y no crees que Andrónico nos librará?
Bardas. Ya sabrá todo el mundo la prision de los asesinos del príncipe Alejo, y el librarnos seria confesarse cómplice.
Focles. Pero temerá que declaremos.
Bardas. Es verdad.
Focles. Y no se atreverá á mandarnos juzgar.
Bardas. No.
Focles. Asi es que no debemos temer el cadalso.

Bardas. No, el cadalso, no. Pero nos hará ahogar entre cuatro paredes.

Focles. Me gusta el consuelo!

Bardas. Triste cosa es acabar asi una vida que se presentaba tan bien... y por fin, irse al infierno!

Focles. Al infierno!...

Bardas. (*Levantándose.*) Pero Focles, se me ocurre un medio de que los dos salvemos el alma, y uno de los dos la vida.

Focles. (*Levantándose.*) Los dos el alma, y uno la vida?.... A ver, á ver... dí.

Bardas. Oye. Si uno de los dos declara al senado que él solo es el asesino, que él solo mató al príncipe Alejo, salva la vida á su cómplice, y Dios le perdona en premio de esa buena accion.

Focles. Dices bien.

Bardas. Y entonces el otro, una vez libre, se rapa la cabeza, se cubre de ceniza, va descalzo á Jerusalen, se alimenta con raices y agua clara, pasa rezando las veinte y cuatro horas del dia, y alcanza asi el perdon del Señor.

Focles. Me parece muy bien pensado, Bardas. Declara tú que yo soy inocente: salva tu alma; y yo, pobre de mí, me atormentaré de ese modo atroz...

Bardas. Y qué razon hay para que no seas tú, buen Focles, el que se salve, y yo el que me martirice luego con esas penitencias?...

Focles. Anda, yo te cedo la ventaja de salvarte pronto...

Bardas. No, si yo no tengo prisa...

Focles. Ni yo tampoco.

Bardas. Pues bueno: los dos nos iremos juntos al infierno. (*Siéntase.*)

Focles. Pues nos iremos. (*Siéntase.*)

Bardas. Lo que me consuela es que te veré cortar la cabeza.

Focles. Y yo á tí.

Bardas. No tal; porque tú eres patricio, y hasta en el cadalso los nobles vais delante.

Focles. Gracias por la cortesía!

Bardas. Y no tardará mucho: ya oigo ruido.

Focles. Qué será!

ESCENA II.

DICHOS.—LARGA-ESPADA. MIGUEL. EL CAPITAN. GUARDIAS.

Capitan. (*A Focles y Bardas.*) Levantaos. (*A los guardias.*) Llevadlos. (*Los guardias se los llevan.*)

Larga-espada. Capitan, haced que los encierren en los subterráneos del palacio; y anunciad en seguida á la condesa de Montfort la llegada del primer ministro.—Oid: que ningun soldado salga de aqui ni lleve fuera la noticia de la prision de Focles y Bardas.

Capitan. Ninguno saldrá, señor, sin permiso de su capitan, y yo no lo daré sino cuando el primer ministro me lo mande. (*Vase.*)

ESCENA III.

LARGA-ESPADA. MIGUEL.

Larga-espada. Ahora, Miguel, tú que has habitado este palacio, enséñame pronto todas sus salidas, para que pueda disponer la fuga de mi madre.

Miguel. Sí, démonos prisa... venid por aqui...

Larga-espada. Qué temes?... estás inquieto!...

Miguel. Temo, señor, la llegada de Andrónico.

Larga-espada. Ya sabes que ha marchado con toda la corte á pasar la noche en las habitaciones del Circo, para asistir mañana al combate de las fieras: en tanto que se divierte con ese horrible espectáculo, ha mandado á esos miserables que asesinen aqui á la condesa... pero él no vendrá; no tengas miedo: llévame, llévame.

Miguel. Venid por aqui. (*Vase por un lado.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA. EL CAPITAN.

(*Salen por otro.*)

Capitan. Sí, señora; el primer ministro acaba de llegar.

Condesa. Vos le habeis visto?

Capitan. Un instante hace que lo dejé en esta sala.

Condesa. Oh! Dios mio!... y yo desesperaba de salvarme! —Por favor, capitan, buscad á Nicetas... decidle que venga pronto... estoy con una impaciencia mortal!

Capitan. Nicetas decís, señora?—Nicetas no es ya ministro!

Condesa. Cómo!... no es él?

Capitan. No, señora: es el nuevo ministro.

Condesa. Y cómo se llama el nuevo ministro?

Capitan. Larga-espada el normando.

Condesa. Larga-espada!... y ese es el que ha llegado aquí?

Capitan. El mismo, señora.

Condesa. (*Con terror.*) Ah! mi único defensor ha caido... y su caida es mi sentencia de muerte!

Capitan. Qué teneis, señora?

Condesa. Capitan! quieren asesinarme!... Vos lo sabreis...

Capitan. (*Con indignacion.*) Señora!...

Condesa. Escuchad: hallándome poco há devorada de inquietud, me asomé á una ventana, y vi llegar entre soldados á dos hombres, uno de los cuales conocí que era el patricio Focles... un infame, secreto espía del emperador, y vil instrumento de sus crímenes: qué vienen á hacer aqui esos dos hombres?

Capitan. Lo ignoro, señora.

Condesa. Y aun no se han marchado?... estan aqui todavia?

Capitan. Señora...

Condesa. No me respondeis?

Capitan. No puedo responderos: he jurado guardar secreto, señora... y no falto á mi deber.

Condesa. Dejadme. (*Vase el capitan.*)

ESCENA V.

LA CONDESA.

Mi muerte será vengada!—Pero y mi Ines!... Ah! quizá la han muerto tambien!... Y Miguel?... y Nicetas?... nadie está á mi lado... nadie mas que asesinos... puñales... venenos... y la agonía de la muerte!—Dios mio! dame fuerzas!... aun puedo luchar... si yo escribiese al senado... Ya vienen!—El es!... Ah! estoy perdida!

ESCENA VI.

LA CONDESA. LARGA-ESPADA.

Larga-espada. Estais salvada, señora. Uno de vuestros amigos os espera con una barca; partid.

Condesa. Vos quisiérais poder decir al senado: «la condesa ha sido muerta cuando trataba de fugarse,» no es cierto?

Larga-espada. Andrónico os ha condenado, señora... este palacio es vuestro sepulcro... daos prisa á salir de él.

Condesa. Andrónico quiere que mi muerte sea una justicia y no un asesinato?... Pues no: que me asesine!

Larga-espada. Aqui os espera la muerte!

Condesa. Que venga; pero no saldré yo á su encuentro. No: esta vez no has de lograr tus fines, tú á quien el primer crimen hizo ministro, y que por otro crimen quieres elevarte mas! — Ayer entregaste un niño á los asesinos... y hoy quieres entregar una muger!

Larga-espada. (*Queriendo tomarla la mano.*) Ah! no me aflijais mas... y venid!

Condesa. (*Rechazándolo.*) Jamás!

Larga-espada. Ayer el príncipe Alejo venia á dar la mano á Ines... á robarme á Ines, á quien yo amo, señora!... El amor fue quien os perdió; y el amor es hoy quien viene á salvaros.

Condesa. Qué amor?

Larga-espada. Un amor tan grande como el mundo!—Ah! venid... venid... creed en mi sinceridad; yo os lo juro!

Condesa. Lo juras?... y por quién? Por tu religion? no la tienes: por tu lealtad? has sido traidor.

Larga-espada. Os juro por la vida de mi madre!...

Condesa. Tu madre?... tampoco tienes madre. Si la tuvieras... infeliz! te maldeciria!

Larga-espada. (*Llorando.*) Ah!... mi madre me maldice! Oid: ya os he dicho que un pescador que me crió me llamaba el hijo de la tempestad... era porque este pescador me recogió en la playa del Bósforo... donde me habian arrojado las olas... despues que unos asesinos me echaron al agua, arrancándome secretamente de los brazos de mi madre... si señora, sí... de sus brazos, mientras ella dor-

mia... en este palacio... sí, en este palacio, donde la tenia encerrada su imperial esposo.

Condesa. Gran Dios!

Larga-espada. Miradme, señora!... no hallais en mí rasgos de vuestro esposo ó de vuestro hijo?... Ah! una madre debe reconocer á su hijo... asi como yo reconozco en vos á mi madre!

Condesa. Tú mi hijo!... sí... esas facciones! (*Con viveza.*) Ah! mi hijo tenia una señal en el brazo...

Larga-espada. (*Descubriendo el brazo.*) Yo la tengo... si... miradla... miradla...

Condesa. Ahí está!... ahí está... Oh! hijo mio!... (*Se echa en sus brazos.*)

Larga-espada. Madre mia! —Ah! no sabia yo que el abrazo de una madre conmovia de este modo! (*Con júbilo.*) Ya he encontrado á mi madre!... (*Con dolor.*) y me ha maldecido!

Condesa. No! yo no te maldigo... siempre en el fondo de mi corazon te disculpaba... y ahora conozco... sí... es Andrónico, ese tigre es quien se apoderó de tu alma inesperta para perderla...

Larga-espada. Ah! madre mia! para mí no hay disculpa.

Condesa. No hay disculpa... sí... si la hay... te disculpa...! (*Cavilando.*) te disculpa... Ah! tú no eres cristiano!... la antorcha de la religion no alumbraba tu camino... ibas solo, aislado, en tinieblas... ah! no eres cristiano, hijo mio... pero lo serás!

Larga-espada. Si, sí!... yo quiero adorar el Dios que mi madre adora!...

Condesa. Sí!... el agua pura del bautismo lavará tus pasados yerros... y asi que Dios te reciba en el gremio de la gran familia cristiana... entonces solamente se empezarán á contar tus acciones... y hasta entonces no tiene tu madre derecho de maldecirte. Ven, hijo mio, ven á mis brazos!... Andrónico ha jurado mi muerte... ya no le temo!... mi hijo defenderá á su madre.

Larga-espada. Que venga á arrancaros de mis brazos! (*Oyendo ruido.*) Quién es?

ESCENA VII.

DICHOS, MIGUEL. *Luego* EL CAPITAN.

Miguel. Cuánto os habeis detenido!... quiera Dios que no sea ya tarde!... He divisado unos hombres que vienen hácia aquí.

Larga-espada. Partid, madre... si fuese el tirano!..

Miguel. Vamos, señora.

Condesa. Y si los guardias nos ven?

Larga-espada. Todo está previsto, partid.

Condesa. Vên tú tambien.

Larga-espada. Ya amo á Ines, madre mia, y aun no está en libertad!

Condesa. Vas á esponerte!...

Larga-espada. No temais... partid.

Condesa. Abrázame!... (*Se abrazan.*)

Miguel. Vamos, señora... vamos!... (*Se la lleva.*)

Larga-espada. Dios de mi madre, guia sus pasos! Si será Andrónico!... No traigo mas que el puñal... (*Sale el capitan.*) Capitan... una espada.

Capitan. Tomad la mia.

Larga-espada. Qué hombres son esos que vienen aqui?

Capitan. Varios senadores con el Patriarca Nicetas, que piden ver á la condesa.

Larga-espada. Nicetas!... Decidles que se dirijan al primer ministro... andad... aquí los espero. (*Vase el capitan.*) Necesito engañarlos... aunque me esponga á su indignacion... la fatal noticia, esparcida por los mismos defensores de mi madre... cundirá mas pronto y llegará á oidos del tirano... Nicetas solo sabrá el secreto. Apelemos á la astucia y la mentira... esas son las armas que hieren en la corte.

ESCENA VIII.

LARGA-ESPADA. NICETAS. SENADORES.

Nicetas. Señor, la condesa debe marchar pronto á bordo de la galera que ha de llevarla lejos del imperio, y algunos de sus amigos vienen á tributarle los últimos honores, y á darle el último adios.

Larga-espada. (*Con frialdad.*) La condesa de Montfort ya no existe.

Todos. Cómo!...

Larga-espada. Iba á fugarse con su criado Miguel, y mis soldados la han muerto.

Nicetas. La han muerto!...

Larga-espada. El emperador y el senado la habian confiado á la custodia del primer ministro, y el primer ministro debia guardarla, muerta ó viva.

Un senador. Infame!...

Larga-espada. Yo daré cuenta al senado de mi conducta, y solo entonces tendreis derecho de juzgarme.

El senador. Y de condenarte!

Larga-espada. Tal vez.

El senador. Corramos, señores..., reunamos el senado... comuniquemos la horrible noticia... y mañana, Larga-espada... el senado vengará á la condesa!

ESCENA IX.

LARGA-ESPADA. NICETAS.

Nicetas. (*Yéndose.*) Oh! Emperador!... emperador!...

Larga-espada. Patriarca de Constantinopla... la condesa ha huido.

Nicetas. Qué dices?

Larga-espada. Mas bajo. Los dos asesinos Focles y Bardas, enviados por el emperador, estan encerrados de orden mia. La condesa y Miguel llegarán á Gálata dentro de una hora.

Nicetas. Y quién la ha salvado?... tú?...

Larga-espada. Yo.

Nicetas. Qué misterio es este?... qué interes tienes por ella, tú, favorito del emperador!

Larga-espada. Yo la he salvado... porque es mi madre... porque soy hijo de la condesa de Montfort y del emperador Manuel.

Nicetas. Vos!

Larga-espada. Sí: los que me arrancaron de sus brazos, veinte años há, y me echaron al Bósforo, no sabian que las olas, agitadas por la tempestad, me arrojarian vivo á la playa... Mi madre ha reconocido á su hijo por esta señal... miradla... miradla... aun está humedecida por las lágrimas de mi madre!

Nicetas. (*Doblando la rodilla.*) Yo os saludo mi emperador.

Larga-espada. A vos solo confio este secreto... porque es preciso que el tirano crea que se ha consumado el crimen, y que nos aprovechemos de su confianza para arrancarle á la princesa Ines... á mi esposa!

Nicetas. Vuestra esposa!... Cómo!... El emperador la ama, y...

Larga-espada. La ama decís?...

Nicetas. Pues qué... no sabeis?...

Larga-espada. Acabad... acabad...

Nicetas. El no oculta que la ama y trata de hacerla su esposa.

Larga-espada. (*Fuera de sí.*) Su esposa!...

Nicetas. (*Asustado.*) Conteneos... acaso no será cierto...

Larga-espada. Y está en su poder!...

Nicetas. Dónde correis?

Larga-espada. A palacio!

Nicetas. El emperador no está en palacio.

Larga-espada. Pues dónde?

Nicetas. Aun permanece en el anfiteatro.

Larga-espada. Con ella sin duda!... Pues al anfiteatro!

Nicetas. Esperad!

Larga-espada. Dejadme!

Nicetas. Y vuestra madre que aun no estará en salvo?...

Larga-espada. Ah! es cierto!

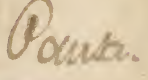
Nicetas. Calmaos... es preciso prudencia para salvarlas á las dos.

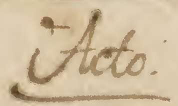
Larga-espada. Prudencia!... cuando el furor me ciega!... Hasta ahora la he tenido... pero ya no soy dueño de mí... necesito venganza!—Ah! sacerdote cristiano, amparadme... mi razon se altera!... Venid, vamos... vos sereis mi guia...

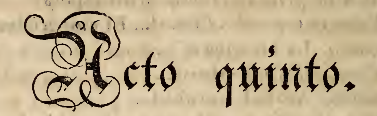
Nicetas. Sí, dejad que mis canas os aconsejen.

Larga-espada. Pero ante todo, padre mio... oid: por medio de la confesion cristiana he descubierto mi cuna.... he encontrado á mi madre... y mi alma se levanta y clama: «gloria al Dios de los cristianos!» Pues bien, para que en estos momentos de peligro Dios no aparte de mí sus ojos... para que me socorra y dé luz que alumbre mis tinieblas... hacedme cristiano, padre mio!

Nicetas. Hijo del emperador cristiano, arrodíllate! (*Larga-espada se arrodilla: Nicetas estendiendo las manos sobre su cabeza, alza los ojos al cielo.—Cae el telon.*)







Acto quinto.

Un salon en las habitaciones del Circo.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÓNICO.

(*En traje imperial, sentado, y acabando de escribir.*)

«Por testamento del emperador Manuel, la princesa de Constantinopla debia ser emperatriz reinante, y la condesa de Montfort, su madre adoptiva, emperatriz madre. El emperador Andrónico, su sucesor, promete hoy cumplir aquel mandato, desposándose con la princesa Ines."—Bien está: la firma. (*Firma.*)

ESCENA II.

ANDRÓNICO. NICÉFORO.

Nicéforo. Señor, vengo de palacio, y vuestros temores eran fundados. Apenas he comunicado el nombramiento de Larga-espada para primer ministro, cuando Nicetas y varios senadores se han dirigido apresurados al palacio viejo, y alli han sabido la muerte de la condesa de Montfort. Entonces se han reunido para acusar ante su tribunal al nuevo ministro; y su exasperacion ha llegado á colmo, al saber por conducto de Nicetas, que Larga-es-

pada, Focles y Bardas han aprovechado la noche para escaparse.

Andrónico. Se han escapado?

Nicéforo. Los tres.

Andrónico. Tanto mejor! — Y qué partido piensan tomar los senadores?

Nicéforo. Ninguno, señor. Estan indecisos... y cuando yo salí para venir aqui, la mayor parte de ellos se dirigia á palacio.

Andrónico. Bien he hecho en permanecer esta noche aqui, en las habitaciones del Circo, y traer conmigo á la princesa Ines.—Ve á decirla que venga. En seguida da orden para que mañana haya combate en el Circo.

Nicéforo. Tratad primero, señor, de aplacar al senado.

Andrónico. Yo le impondré silencio... y luego sujetaré á los descontentos de la ciudad que empiezan á conmoverse. Pero entre tantos afanes como cuesta el reinar, fuerza es procurarse momentos de descanso y distraccion: anda, que venga la princesa, y que mañana haya combate en el Circo. Obedece. (*Vase Nicéforo.*) Sí, mañana veré el combate de las fieras; veré al leon salir de su magestuosa indolencia, y con la melena erizada y los ojos ardiendo, preciptarse noble y valiente sobre el tigre; y veré al tigre, que sin esa arrogancia, pero mas astuto y sagaz, acaba siempre por vencer á su soberbio enemigo.—Aqui viene Ines: siga el disimulo.

ESCENA III.

ANDRÓNICO. INES.

Andrónico. Llegad, princesa, yo os esperaba con impaciencia.

Ines. Qué quereis, señor?

Andrónico. Nada sabeis?—Respondedme, princesa: cuando oisteis leer el testamento del emperador Manuel, la idea de reinar no llenaba vuestra ambicion?

Ines. Me horrorizaba, señor!

Andrónico. Amabais vos al príncipe Alejo?

Ines. Nunca le habia visto.

Andrónico. Y sin embargo aceptabais su mano!... de qué procedia esa resignación?... de qué procedia? responded.

Ines. Me resigné, señor, porque me dijeron...

Andrónico. Acabad! no respondeis?... Porque os dijeron que si no le dabais la mano, mi tiránico poder atentaria á la vida de vuestra madre adoptiva... no es cierto? asi os lo dijeron, ya lo sé... y sé tambien todo el daño que me han hecho mis enemigos.—Pues bien, princesa, esos mismos que me calumniaban, acaban ahora de condenar á vuestra madre!

Ines. De condenarla!...

Andrónico. Esos hombres quieren manchar el principio de mi reinado con un hecho espantoso, inaudito!

Ines. Han condenado á mi madre?...

Andrónico. Sí... sin reflexionar que el emperador Andrónico puede dar á su hija el poder necesario para protegerla.

Ines. Yo puedo protegerla?... Ah! decid cómo!... qué es lo que debo hacer?

Andrónico. Consumar un sacrificio á que ya estábais resuelta... dar la mano á un emperador que no amais... subir á un trono que os horroriza... y entonces ese senado, que ha pronunciado la sentencia de la condesa, no se atreverá á ejecutarla en la madre de la emperatriz. (*Con zozobra.*) Aun puede que sea tiempo!

Ines. Ah!... sí: yo lo prometo... lo juro... pero que me vuelva mi madre!

Andrónico. Escribid aqui... no se pierda tiempo.

Ines. Qué he de escribir.

Andrónico. (*Dictando.*) «La princesa jura solemnemente dar la mano al emperador Andrónico Comeno.» — Firmad. Este escrito lo anularemos luego, si vuestro corazon no siente hácia mí, ya que no amor, siquiera aprecio y gratitud... Pero pensemos en lo presente: el tiempo vuela. (*Llama.*) Nicéforo. (*Sale Nicéforo.*) Que se lea inmediatamente este escrito en el senado.—Y vos, princesa, id á pedir á Dios... ó mas bien á darle gracias, porque no terminará el dia sin que hayais abrazado á vuestra madre.

Ines. Nunca olvidaré que os debo tanta felicidad!

ESCENA IV.

ANDRÓNICO. NICÉFORO.

Andrónico. Nicéforo, haced de modo que este pergamino caiga en manos de Nicetas, á fin de que se borre toda sospecha de que pueda yo haber mandado la muerte de la condesa, viendo que al mismo tiempo que se cometia estaba yo tratando de traerla á mi corte y dar la mano á su sobrina.

Nicéforo. Confiad en mí.

Andrónico. Yo voy á ver á la princesa que ha prometido ser mia.—Dad orden de que nadie entre aqui. (*Vase.*)

Nicéforo. (*Solo.*) Dónde hallaré á Nicetas?... sin duda en el senado. Vamos en su busca. (*Al abrir la puerta aparecen Nicetas y Miguel.*)

ESCENA V.

NICÉFORO. NICETAS. MIGUEL.

Nicetas. Anunciad mi llegada al emperador.

Nicéforo. El emperador está descansando, y ha dado orden de que no entre nadie.

Nicetas. (*Aparte.*) Descansando!... Ah!... la princesa está aqui!...

Nicéforo. Pero vuestra llegada es oportuna; porque el emperador me habia mandado anunciaros la próxima celebracion de un matrimonio.

Nicetas. Cuál?

Nicéforo. El del emperador.

Nicetas. Y quién es nuestra emperatriz.

Nicéforo. Leed.

Nicetas. (*Despues de leer.*) Ines!... ya lo temia!... la ha hecho consentir por medio del terror! (*A Miguel.*) Lee, Miguel, lee el nombre de tu nueva soberana.

Miguel. Gran Dios!

Nicetas. Calma!

Miguel. Hemos hecho mal en contener la impaciencia de Larga-espada.

Nicetas. No: pero ahora Dios nos manda obrar con diligencia. (*Dando el pergamino á Nicéforo.*) Veo que no es

esta buena ocasion para anunciar al emperador la triste nueva que le traia de la muerte de la condesa. Me retiro, pues.

Nicéforo. Y os encargais de participar al senado el nombre de la nueva emperatriz?

Nicetas. Sí, yo me encargo.—Vamos, Miguel. (*Vanse los dos.*)

ESCENA VI.

NICÉFORO. *Luego* ANDRÓNICO.

Nicéforo. Está desempeñada mi comision.

Andrónico. (*Sale incomodado.*) Me aborrece? Nicéforo, aun estás aqui?

Nicéforo. Señor, Nicetas ha venido y he cumplido mi encargo.

Andrónico. Bien.—De qué me sirve el poder!... Esa muger no aparta de su memoria á Larga-espada. El existe... y mientras existe puede volver.

Nicéforo. Desechad, señor, esos temores. El no pensará mas que en salvarse.

Andrónico. Y si volviera... ves este puñal?... su hoja envenenada hace mortales las heridas: pero no con muerte lenta como la del emperador Manuel, sino pronta, rápida, terrible!... Dices que ha venido Nicetas?

Nicéforo. Sí señor, en compañia de Miguel, el criado de la condesa. Ambos se han sorprendido al leer el escrito, y han marchado á llevar la noticia al senado.

Andrónico. Bien: yo recompensaré tu celo. Déjame.

ESCENA VII.

ANDRÓNICO.

No puedo tranquilizarme.—La noticia de mi casamiento se estenderá con la rapidez del rayo... y Larga-espada en cuanto lo sepa, lo arrostrará todo por vengarse. Yo le conozco: su audacia no tiene límites... Ines para él es un objeto de adoracion... nada habrá que le arredre.— Ademas, él es todavia ministro... porque el senado no ha estendido aun la orden de prenderlo... los guardias le obe-

decerán todavia. Es preciso impedir que penetre aqui.... (*Diríjese á la puerta del foro: ábrese esta y aparece Larga-espada.*) Él es!

ESCENA VIII.

ANDRÓNICO. LARGA-ESPADA.

Larga-espada. Ya no esperabas verme: no es verdad?

Andrónico. Aqui no; porque el senado pide tu muerte, y te podria sorprender.

Larga-espada. No es aqui donde está mi esposa?

Andrónico. Desgraciado!... Tu amor te va á perder!

Larga-espada. No es solo el amor, es la venganza la que me conduce aqui!

Andrónico. La venganza?

Larga-espada. Sí! la venganza contra el esposo de Ines!

Andrónico. Ya sabes...

Larga-espada. Sé que ayer era mia su mano; y que hoy, siendo esposa de Andrónico Comeno (*Saca la espada con calma.*) necesito dejarla viuda.

Andrónico. Imprudente! osas amenazar á tu emperador!— Nicéforo!... guardias!...

Larga-espada. Nicéforo acaba de ser arrestado de orden del primer ministro, y la guardia retirada á palacio. Ahora que esta toga me ha servido ya para asegurar mi venganza, y me estorbaria para pelear... (*Quitándosela y tirándola.*) ahi te la devuelvo.—Aqui no hay emperador ni ministro... sino dos hombres, de los cuales uno va á morir. Toma la espada.

Andrónico. No tengo espada.

Larga-espada. (*Arrojando la suya y sacando el puñal.*) Pues bien, con el puñal!

Andrónico. (*Empuñando el suyo.*) Con el puñal!—Y aunque me mates, no sobrevivirás!

Larga-espada. Prepárate! (*Ruido fuera.*)

Andrónico. Los senadores llegan en tu busca... y aun te permito huir... vete.

Larga-espada. Huir?... y por qué?

Andrónico. Sabes tú lo que buscan?

Larga-espada. Al asesino de la condesa.

Andrónico. Sí, á tí! (*Gritando.*) Senadores!... entrad!... entrad!...

ESCENA IX.

DICHOS.—LA CONDESA. NICETAS. SENADORES. PUEBLO. *Luego* INES.

Nicetas. (*Al salir.*) Viva Larga-espada nuestro emperador!
Senadores y pueblo. Viva!
Condesa. (*Saliendo.*) Hijo mio!
Larga-espada. Madre mia! (*Se abrazan.*)
Andrónico. Su madre!!...
Condesa. Dónde está Ines? (*Viéndola salir.*) Ah!
Ines. (*Saliendo y echándose en sus brazos.*) Madre mia!..
Andrónico. (*A Larga-espada.*) Tu madre!!... me han vendido!...
Larga-espada. Sí: porque el niño que mandaste ahogar hace veinte años, fue salvado por Dios para que libertase á su madre.
Andrónico. Cómo!.., Los puñales no matan!... el mar no sepulta á sus víctimas!—Los dos vienen!...
Larga-espada. Sí: y Dios va á castigarte por mi mano! (*Alzando el puñal.*)
Nicetas. Cristiano! tu nueva religion te prohibe el homicidio.
Larga-espada. Y la venganza?
Nicetas. Tambien!
Larga-espada. Y la justicia?
Nicetas. Dios no aguarda á que la hagan los hombres: él la hace siempre. Oid. (*Sacando un pergamino.*) «Quiero que los asesinos del príncipe Alejo, y todos sus cómplices, sean condenados á muerte, aunque desciendan de la estirpe de los Comenos.—Yo el emperador Andrónico.» Focles y Bardas han declarado que asesinaron al príncipe de orden de Andrónico.—Ejecútese, pues, la sentencia: emperador Andrónico Dios ha querido que tú mismo firmaras tu muerte.
Todos. Muera! muera!...
Andrónico. Quereis mi muerte en un cadalso?... No: el veneno de este puñal lo impedirá. (*Se hiere.*) Quieres tú mi corona?... (*Arrojándola por la ventana.*) Ve á buscarla al patio de las fieras! (*Perdiendo el sentido.*) Ah!

muero con la púrpura en los hombros!... muero emperador!... (*Espira.*)

Nicetas. Espira!...

telon.

ESCENA X.

DICHOS.—MIGUEL.

Miguel. Señor, la galera espera en el puerto. El pueblo está agitado... todos os aclaman por emperador!...

Condesa. Ah! partamos, hijo mio!...

Larga-espada. Sí, madre, si!... partamos á Francia!

Nicetas. A Francia decís, señor?... cuando el pueblo os proclama?... cuando el trono os espera?...

Larga-espada. El trono!... yo subir al trono de donde cayó mi madre repudiada?... al trono rodeado de ambiciosos y asesinos?... No: yo no me llamo Comeno, sino el conde de Montfort. Yo no quiero un trono donde tendria que ser traidor ó caer á manos de traidores; no. Prefiero mi castillo de Normandía, que defenderé como valiente, con la espada!— A Francia, madre mia... á Francia!

Nicetas. Dios mio!... y quién reinará mañana en el imperio de Oriente?

Larga-espada. Elegidlo vosotros: no faltará quien lo apetezca!... Yo no: yo no quiero mas trono que el corazon de una madre... y de una esposa! (*Abrazándolas.*)

FIN DEL DRAMA.

